Pedro L. San Miguel

Profesor titular del departamento de Historia de la Universidad de Puerto Rico. Obtuvo su doctorado en Historia de América Latina en Columbia University. Ha publicado las siguientes obras sobre historia económico-social del Caribe: *El pasado relegado: estudios sobre la historia agraria dominicana* (1999); *Los campesinos del Cibao: economía de mercado y transformación agraria en la República Dominicana, 1880-1960* (1997), y *El mundo que creó el azúcar: las haciendas en Vega Baja, 1800-1873* (1989). También ha estudiado la relación entre la historiografía y la construcción de los discursos nacionales, tema de su libro *La isla imaginada: historia, identidad y utopía en La Española* (1997), que será publicado en inglés por The University of North Carolina Press. Además, es coeditor de *Política, identidad y pensamiento social en la República Dominicana (siglos XIX y XX)* (1999). Ha colaborado en la redacción de varios libros de texto para escuela secundaria, entre ellos *Historia y geografía de América* (2001). Actualmente es profesor-investigador visitante en el Instituto Mora.

Resumen

Una de las repercusiones de la ocupación militar de la República Dominicana por Estados Unidos entre 1916 y 1924 fue la activación de diversos movimientos campesinos. Cada uno de estos movimientos contó con su propia dinámica y operó en un escenario particular. Este artículo realiza una reinterpretación de ese período crucial de la historia dominicana desde la perspectiva de esos movimientos sociales. Presta particular importancia al *olivorismo*, un movimiento milenarista que surgió cerca de la frontera con Haití, y al *gavillerismo*, una guerrilla rural que tuvo como eje la región oriental de la República Dominicana. Se arguye que la derrota de estos movimientos constituyó un aspecto fundamental de la "domesticación" del campesinado y de su subordinación al Estado.

Palabras clave:

República Dominicana, Estados Unidos, invasión, campesinos, resistencias, movimientos sociales.

Abstract

One of the outcomes of the U.S. occupation of the Dominican Republic during 1916-1924 was the emergence of several peasant movements. Each one of these movements had its own dynamics and developed in a particular scenario. This article offers a re-interpretation of this crucial period in Dominican history from the perspective of these social movements. It confers special importance to *olivorismo*, a millenarian movement that emerged nearby the Haitian border, and to *gavillerismo*, a rural guerrilla that developed in the eastern region of the Dominican Republic. It claims that the defeat of these movements was a vital feature of the "domestication" of the peasantry and its subordination to the State.

Key words:

Dominican Republic, United States, invasion, peasants, resistance, social movements.

Fecha de recepción:
febrero de 2002

Fecha de aceptación:
mayo de 2002

Historias de gringos y campesinos: una revisita a la ocupación estadounidense de la República Dominicana, 1916-1924

Pedro L. San Miguel

La turbulencia política prevaleciente en la República Dominicana durante las décadas iniciales del siglo XX podría dar la impresión de que poco había cambiado en el país desde la independencia en 1844. Nada más lejos de la verdad. Subrepticamente, la sociedad dominicana sufría transformaciones de orden mayor como resultado de los cambios económicos. "Las guerras civiles entorpecieron muy poco nuestro desarrollo económico",¹ sentenció Luis F. Mejía, a pesar de que en su obra destacó los conflictos políticos del periodo. El surgimiento de nuevos cultivos comerciales en el Cibao, como el cacao y el café, la sustitución del tabaco como principal producto de exportación, y el establecimiento de enclaves azucareros en diversas regiones de la República Dominicana fueron, a grandes rasgos, los principales cambios que ocurrieron a partir de la década de los sesenta del siglo XIX. Cambiaron, también, las rutas comerciales, las fuentes de financiamiento, las relaciones de poder entre las elites regionales; aumentó la población, crecieron las principales ciudades, se amplió el mercado interno. Durante las primeras décadas del siglo XX, esas

tendencias se pronunciaron mucho más. Con las transformaciones económicas, ocurrieron reajustes sociales; emergió, por ejemplo, un sector burgués de origen foráneo vinculado al comercio y a la agricultura comercial, sobre todo a la azucarera.²

En el ámbito político, las transformaciones del periodo se evidenciaron en un relativo fortalecimiento del Estado y en una presencia mucho más patente de Estados Unidos en los asuntos de la República Dominicana. Ambos fenómenos adquirieron visibilidad durante la dictadura de Ulises Heureaux (1887-1899). Visto en perspectiva histórica, su régimen inauguró una nueva época en la historia dominicana, contradictoria por demás.³ Lilís, como se conoció a Heureaux, brindó al país un respiro de las numerosas guerras civiles que lo habían afectado hasta entonces. Durante su gobierno, hubo, también, un crecimiento significativo de la

² Hoetink, *Pueblo*, 1985; Marte, *Cuba*, s. a.; Boin y Serulle Ramia, *Proceso*, 1981; Carreño, *Historia*, 1989; Castillo y Cordero, *Economía*, 1980; Castillo, "Formación", 1984, pp. 23-56, y Domínguez, *Sociedad*, 1994.

³ Mejía, *Lilís*, 1993; Domínguez, *Dictadura*, 1986; Welles, *Viña*, 1981; Sang, *Ulises*, 1987, y Mejía Ricart, *Sociedad*, 1982.

¹ Mejía, *Lilís*, 1993, p. 286.

Albert Huie, *Crop Time*, 1955.

economía. Mas ello se logró a cambio de un régimen de fuerza y de una mayor subordinación de la República Dominicana a los intereses económicos foráneos. Es decir, bajo Lilís se inauguró la modernidad capitalista en todas sus expresiones. Lo que no implica que antes no existiesen elementos constatables de tal sistema; tampoco que otras lógicas productivas desapareciesen totalmente, sino que, durante tales años, el capitalismo se convirtió —como decía Marx— en un éter que penetraba las relaciones sociales e imponía su lógica al poder estatal.⁴

Ese éter, por supuesto, no fue nada vaporoso. Amparado en las deudas del Estado dominicano con financistas estadounidenses, Estados Unidos obtuvo el control de las aduanas de Santo Domingo. Eventualmente, la injerencia de esa nación culminó en la ocupación del país por fuerzas militares durante los años de 1916 a 1924.⁵ Sus repercusiones fueron múltiples. Una de ellas fue la activación de diversos movimientos de resistencia campesina. En efecto, durante la ocupación surgieron varios movimientos campesinos, cada uno con su propia dinámica y operando en un escenario particular, cuyos reclamos se originaban en las transformaciones económico-sociales y políticas del periodo y sus repercusiones sobre las masas rurales. Como era de esperarse, fueron movimientos de raigambre local, determinados por las peculiaridades de cada una de las regiones en las que se desarrollaron.

LA RESISTENCIA LINIERA A LA INVASIÓN

Fue en la inquieta Línea Noroeste —uno de los principales focos de los tradicionales movimientos “revolucionarios”— donde los estadounidenses enfrentaron por primera vez a los campesinos dominicanos. En el norte del país, las tropas invasoras desembarcaron por Monte Cristi y Puerto Plata, desde donde se encaminaron hacia Santiago, la segunda ciudad de la República Dominicana y la principal del Cibao. A lo largo de la Línea Noroeste, las tropas de ocupación se encontraron con las guerrillas locales, en las que colaboraron soldados y civiles, en su mayoría campesinos de la comarca. La más importante de las confrontaciones entre estadounidenses y guerrilleros ocurrió en el cerro de La Barranquita, en Guayacanes, donde unos 80 dominicanos emboscaron a los cerca de 900 soldados que marchaban hacia Santiago.

A juzgar por los pocos testimonios disponibles —en su mayoría, historias orales recogidas por diversos estudiosos—, los motivos para incorporarse a la lucha contra los estadounidenses fueron diversas. Algunos, como Demetrio Frías y Enerio Disla, apenas adolescentes en 1916, alegaron haberse unido a la guerrilla por patriotismo; otros, como Luis Disla, lo hicieron por su lealtad a los caudillos militares que organizaron la emboscada; otros más, por cumplir con su deber de soldados.⁶ Por supuesto, las razones podían entrecruzarse. Máximo Muñoz, quien tenía 18 años de edad en 1916 y que acudió a La Barran-

⁴ Sobre el particular: Brea, *Ensayo*, 1983.

⁵ Herrera, *Finanzas*, 1987; Rosa, *Finanzas*, 1969; Knight, *Americanos*, 1939, y Calder, *Impacto*, 1989.

⁶ González Canalda, *Línea*, 1985, pp. 67-124. También se puede consultar: Rodríguez Bonilla, *Batalla*, 1987, obra de “historia alternativa” que contiene información valiosa sobre el suceso.

quita como soldado bajo las órdenes del general "Carlitos" Daniel, uno de los lugartenientes del principal caudillo regional, Desiderio Arias,⁷ reconocía que al llamado de las armas se podía responder con el fin ulterior de "asendei ai gobieino para viví dei gobieino".⁸

Incluso, en algunos de esos pocos testimonios se puede entrever una especie de "nacionalismo campesino".⁹ Según Francisco Gutiérrez, miembro de una familia campesina pobre, su participación en la resistencia se debió a su percepción de que los estadounidenses venían a establecer su dominio sobre la población rural, "ai que tuviera un burro, ai que tuviera una gallina, ai que tuviera ná". En sus palabras, la ocupación:

Era dique pa enyugaino a nosotros, lo conu-ce... Y yo dije, bueno, pa yo veime enyugao con otro que a mí tienen que mataime. Yo no iba a dejaime dique que me enyuguen. Y que lo mío sea dei que no lo produció, nunca, siendo mío. Digo, bueno, pue yo cojo la carabina y prefiero morí ante que lo mío sea de ello. Como que yo soy un hombre patriota.¹⁰

En este "patriotismo agrario", la propiedad campesina —la gallina, el burro, el conuco— es defendida por constituir el

patrimonio, que se identifica, en una sutil transposición, con la patria. La defensa de "lo mío" y la resistencia a la sujeción se convierten en defensa de la patria amenazada. Ser patriota era oponerse al "enyugamiento" y defender lo que se poseía y lo que se había producido con el esfuerzo propio ante las fuerzas que atentaban contra la patria-patrimonio. Concepción que, además, expresa una visión particular sobre la justicia, fundada en la ausencia de relaciones de "enyugamiento" y en el respeto estricto del patrimonio familiar. Ese patriotismo también se expresó en términos genealógicos, que sugieren la pertenencia a una estirpe de valores dignos e intachables. En alguna medida, expresa "la hombría" como valor moral ante una afrenta:

Entonce yo, muchacho joven, digo, bueno, pue si los americano han de vení aquí a fue-tiame a mí sin sabeí con quien yo me he críao, pue vamo a peliai...Y yo fuí y cogí las aimas, que a mí naide me obligó, que fui yo; que si me bián matao, biá sío voluntario.¹¹

Vencedores en La Barranquita, los estadounidenses encontraron el camino franco hacia la ciudad de Santiago. En poco tiempo controlaron la totalidad del país. En algunos lugares, y a pesar de las rimbombantes declaraciones patrióticas, los invasores encontraron colaboradores entre las elites. A granjearse su apoyo contribuyó el sostén que brindaron los estadounidenses a los proyectos modernizadores de las elites locales. En Santiago, por ejemplo, colaboraron con la elite citadina en proyectos como la conservación del

⁷ González Canalda, "Desiderio", 1985.

⁸ Citado en González Canalda, *Línea*, 1985, p. 103. La expresión citada quiere decir que se pretendía establecer un nuevo gobierno ("ascendei"=ascender, es decir, llevar al poder) con el fin de obtener posiciones, prebendas y cargos.

⁹ El término ha sido elaborado en Mallon, *Peasant*, 1995.

¹⁰ Citado en González Canalda, *Línea*, 1985, pp. 86-87.

¹¹ Citado en *ibid.*, p. 88.

puen­te sobre el río Ya­que, la regu­la­ción del tránsi­to urba­no y la lim­pieza y el orna­to de la ciu­dad. En el ám­bi­to re­gion­al, co­la­bo­ra­ron en la con­struc­ción de carre­teras, el man­tenimien­to del Ferrocarril Cen­tral Do­minic­ano y el es­ta­ble­ci­mien­to de va­rias le­yes. Aun­que no exen­tas de ten­sio­nes y de con­flic­tos, las per­spec­ti­vas de los ocu­pan­tes y de la elite san­tiague­ra coin­ci­dieron en no po­cas ocasio­nes. Fue el go­bi­erno mi­li­tar es­ta­duniden­se el que fi­nal­mente lo­gró la im­plan­ta­ción del “ser­vi­cio de pre­sta­cio­nes” la­bo­ra­les que fijaba la Ley de Cami­nos, y de las le­yes sobre el re­gis­tro de la pro­pie­dad ter­ri­to­rial y sobre la par­ti­ción de los ter­re­nos co­muneros.¹² Al me­nos por con­sid­er­ar que el cam­pe­si­nado era una masa bárbara, que pre­ci­sa­ba de una mano firme que la con­trola­se y la di­rigie­se hacia la “ci­vil­iza­ción”, mu­chos sec­to­res de la elite do­minicana es­tuvieron dis­puestos a to­lerar y hasta a co­la­bo­rar con los es­ta­duniden­ses. Para éstos —sobra decir­lo—, las masas ru­rales es­taban la­stra­das por sus creen­cias, sus es­ti­los de vida y por la mis­ma anar­quía po­lí­ti­ca del país.¹³

¹² En el *Boletín Municipal* de la ciu­dad de San­tiago hay ejem­plos de la co­la­bo­ración en­tre el go­bi­erno in­terven­tor y la elite ci­dadina. Tam­bién se pue­den con­sultar: San Mi­guel, *Campe­sinos*, 1997, pp. 263–275 y 288–300; “Exac­ción”, 1993, y “Peas­ant”, 1995.

¹³ Cal­der, *Impacto*, 1989. La per­cep­ción de los es­ta­duniden­ses sobre el país, que oscilaba en­tre el folc­lorismo y el racismo más acen­drado, se pa­tentiza en el tes­timonio del ofi­cial de los *marines* Ar­thur J. Burks, quien per­ten­ció a las tropas de ocu­pación (País, 1990). Que tales per­cep­cio­nes con­ta­ban con una lar­ga tra­di­ción, se evi­den­cia al com­parar sus opi­nio­nes con las ver­didas por Hazard en *Santo Do­mingo*, 1982. Ambas obras com­parten un mis­mo dis­curso, como se des­prende de Spurr, *Rhetoric*, 1993.

MILENARISMO Y UTOPIA CAMPESINA

Su coin­ci­den­cia de miras se evi­den­ció to­tal­mente me­diante su co­la­bo­ración en con­tra del movi­mien­to oli­vorista que sur­gió en San Juan de la Ma­guana, re­gión aledaña a Haití, a prin­ci­pios del si­glo XX. Co­no­cido por el nom­bre de su lí­der, éste fue un “movi­mien­to re­ligio­so agra­rio”, como le ha de­nomi­nado Jan Lundius,¹⁴ que se in­ició a raíz de las ac­cio­nes pro­féticas y mi­lagrosas de Oli­vorio Mateo, un cam­pe­si­no pobre que se gana­ba la vida ma­yor­mente como peón, y que tenía fama de ser una per­sona “ex­traña”, en­tre otras cosas, porque alegaba po­seer dotes de cla­ri­vi­den­te. Sus in­clinaciones hacia el es­o­terismo y lo mágico-re­ligio­so se vieron re­for­zadas de­bido a las in­fluencias de un tal Juan Sa­muel, un mis­terioso per­sona­je que se es­ta­ble­ció en una sec­ción ru­ral de San Juan de la Ma­guana. Pro­veniente de alguna isla ca­ribeña, al pa­recer Juan Sa­muel sa­bía de hipnotismo y co­no­cía ciertas artes mágicas que fascina­ron a Oli­vorio. Ade­más, or­ga­ni­zó en­cuen­tros re­ligio­so­so­so­so en los que pro­fetizaba y re­ali­zaba “cu­ra­cio­nes”. Todo ello pa­rece que in­fluyó sobre Oli­vorio, quien, de ac­uerdo con la leyenda, in­ició su pro­pia “misión” luego de una fuerte tor­menta du­rante la cual desapa­reció, por lo que se pensó que había muerto en el tem­poral. Al reapa­recer en­tre los vi­vos —re­greso que re­meda el de Je­sús luego de per­manecer en el desierto

¹⁴ A me­nos que in­di­que otra cosa, la in­for­mación que sigue pro­viene de Lundius, “Great”, 1995, que es el más re­ciente y ex­haus­tivo es­tudio sobre el tema. En­tre las obras de­dicadas a este movi­mien­to, se en­cuen­tran: Gar­rido Pue­llo, *Oli­vorio*, 1963; Deive, “Me­si­anismo”, 1978, pp. 175–205, y Lundius y Lundahl, “Oli­vorio”, 1989, pp. 3–86.

por 40 días, o, incluso, la resurrección de Lázaro—, Olivorio proclamó su encuentro personal con Dios, quien le encomendó una misión que duraría 33 años, cifra que también recuerda las narraciones bíblicas. Amparado en sus poderes taumaturgicos, su fama se extendió rápidamente por la comarca, llegando a alcanzar el Cibao y las provincias sureñas de Azua y Barahona. Hay indicios de que el radio de acción del olivorismo se extendió más allá de la frontera, hasta Haití.¹⁵

Una serie de portentos naturales —la aparición del cometa Halley en 1910 y un terremoto en 1911—, y la guerra civil de 1912 fueron profetizados por Olivorio como desgracias que afectarían a la población, por lo que al confirmarse sus predicciones su prestigio aumentó considerablemente. Ya desde 1908 Olivorio contaba con cientos de seguidores que acudían a él en busca de alivio a sus enfermedades. Sus partidarios aumentaron debido a sus predicciones, máxime porque fueron anunciadas por Olivorio como expresión de la ira divina por la persecución que las autoridades gubernamentales habían desatado contra él. En 1909, el “dios Olivorio” había sido enjuiciado por practicar la medicina ilegalmente. Absuelto de tales cargos, la ofensiva contra el “dios campesino” continuó por otros rumbos. La prensa publicó varios reportajes que aludían a los “actos barbáricos” en

los que participan los seguidores de Olivorio, entre ellos “bailes nudistas” y otras actividades promiscuas; se alegaba que entre los olivoristas reinaba el libertinaje sexual y que el mismo dirigente religioso tenía un harem. A estas acusaciones se sumaron otras de diversa índole.

Dado que Olivorio estableció una comunidad en la sección rural de Maguana Arriba, a la que se incorporaron personas de todo tipo, incluyendo fugitivos de la ley y marginados, se adujo que tal comunidad no era sino una guarida de criminales y bandidos. Y, en efecto, la comunidad religiosa fundada por Olivorio fungió como una especie de santuario o refugio para muchas personas que confrontaban problemas con la ley. Entre los miembros de la comunidad se encontraron muchos campesinos dedicados al comercio con Haití y cuyas actividades —entre las que se encontraban la venta de ganado y el tráfico de aguardiente— fueron declaradas crímenes por las autoridades. Su persecución aumentó al asumir los estadounidenses, en 1907, el control de las aduanas con el fin de obtener el pago de la deuda externa del Estado dominicano. El comercio con Haití, irrestricto en buena medida hasta el momento, pasó a convertirse en contrabando, y fue sistemáticamente perseguido por los estadounidenses. Es, pues, razonable pensar que algunos de los perseguidos por las autoridades fronterizas buscaran refugio en las filas olivoristas. Más aún, hay indicios de que los olivoristas desarrollaron intercambios comerciales allende la frontera.¹⁶ La pre-

¹⁵ Además de Lundius, “Great”, 1995, pp. 103-112, véase Lundahl y Lundius, “Socioeconomic”, 1990, p. 227. Sobre las interacciones sociales y culturales entre dominicanos y haitianos en la zona fronteriza, véase Derby, “Haitians”, 1994; sobre la capacidad de la taumaturgia en concitar amplios movimientos sociales y políticos, consultar la obra clásica de Bloch, *Reyer*, 1993.

¹⁶ Lundius, “Great”, 1995, pp. 78-85. Luego de la ocupación estadounidense de Puerto Rico, los sectores populares sufrieron una persecución similar a la que sufrieron los de la República Dominicana debido

sencia de "criminales" en las filas olivoristas aumentó la aprensión de las autoridades gubernamentales.

A raíz del enjuiciamiento de Olivorio en 1909, la comunidad de fieles se mudó al lugar de El Naranjo, una apartada sección en las estribaciones de la Cordillera Central.¹⁷ Con esta "fuga colectiva",¹⁸ una especie de cimarronaje comunitario, los olivoristas pretendían alejarse del brazo castigador del poder estatal, que en esos años intentaba establecer un mayor control sobre el territorio y la población dominicanos.¹⁹ San Juan de la Maguana fue una de las regiones a donde se intentó extender el poder del Estado de forma más sistemática. La zona fronteriza en general era una de las áreas donde el dominio del poder central era más tenue, por lo que se hicieron intentos por regular la vida de los habitantes de la región. Ello conllevaba el fortalecimiento de las instituciones y de los aparatos del Estado que harían posible la validación de sus pretensiones hegemónicas. Por lo tanto, se sospechaba de todo aquello que de alguna manera parecía cuestionar o poner en entredicho los esfuerzos centralizadores del Estado. Centralización que implicaba la modernización, la transformación de la sociedad en un orden civilizado.²⁰ Desde este punto de vista, Olivorio y sus seguidores representaban la barbarie que se intentaba su-

perar a través del fortalecimiento del Estado y de la extensión de su ámbito de acción a todo lo largo y lo ancho del territorio que se proclamaba nacional.

El olivorismo se presentaba como una amenaza. En el ámbito social, la comunidad creada por el "dios campesino" constituía un orden alterno en el cual no prevalecían las reglas, la moral ni la legalidad impuestas por el Estado y por la religión oficial. Olivorio mismo era la máxima autoridad en la comunidad de fieles, la que contaba con una jerarquía y con reglas de conducta propias. De hecho, llegó a contar con milicias, organizadas inicialmente como defensa contra las persecuciones y los asaltos a que fueron sometidos los olivoristas. Creadas como medio defensivo contra los peligros externos representados por las fuerzas armadas y los organismos del Estado, es probable que en el interior de la comunidad las milicias olivoristas fungieran también como el brazo coactivo de sus autoridades supremas, fenómeno usual en ese tipo de colectividad organizada al margen de la sociedad general.²¹ Frente al poder estatal, la comunidad olivorista, "ciudad santa" desde la perspectiva de la fe predicada por Olivorio, encarnaba un poder alterno que en el ámbito local planteaba la existencia de un "poder dual", inaceptable desde la perspectiva del Estado.²²

a la "criminalización" de actividades tradicionales, como la elaboración y la venta de aguardiente. Véase Picó, *Gallor*, 1983, y Santiago-Valles, "Subject", 1994.

¹⁷ Deive, "Mesianismo", 1978, p. 199.

¹⁸ Lundahl, "Mechanisms", 1992, especialmente pp. 329-334, y Tanaka, *Movimientos*, 1976, pp. 60-61.

¹⁹ Brea, *Ensayo*, 1983.

²⁰ Este intento de "civilizar" la región fronteriza adquirió plena intensidad durante el trujillato. Al respecto, Altagracia Espada, "Nación", 2001.

²¹ Tal fue el caso de las comunidades de esclavos cimarrones y de las comunidades mesiánicas de origen rural, similares a la olivorista. Véase Hobsbawm, *Primitive*, 1965, especialmente pp. 57-107; Price, *Maroon*, 1973; Campbell, *Maroons*, 1990; Reed, *Caste*, 1979, y Diacon, *Millenarian*, 1991.

²² Sobre el concepto de la "ciudad santa", véase Deive, "Mesianismo", 1978, pp. 191-194; el término "poder dual" proviene de los análisis realizados por Trotsky en *Historia*, 1972, vol. I, pp. 247-257.

Los campesinos que peregrinaban hasta el territorio olivorista lo hacían movidos por razones muy variadas. La mayoría lo hizo en busca de la salud perdida; otros lo hicieron movidos por la piedad y la fe; no pocos realizaron el trayecto por curiosidad o atraídos por las narraciones que corrían de boca en boca sobre los bailes, la libertad sexual, y la abundancia de bebida y comestibles que se distribuían en las ceremonias colectivas. No es posible categorizar los motivos de manera taxativa. Lo que resulta evidente es que la "ciudad santa" fundada por Olivorio representaba un "lugar oculto" en el cual los subalternos realizaban "encuentros desautorizados" por la moral, la religión y el poder dominantes. Como en esos dibujos y grabados europeos a los que se refiere James Scott —de los cuales *El Jardín de las Delicias*, del Bosco, seguramente es un heredero artístico e ideológico—, en los que se representaba un "mundo invertido" en el cual el placer no era sino una manifestación más de la irreverencia hacia una sociedad y unos valores que se rechazaban, el ludismo olivorista era expresión de la imaginación popular como agente de liberación.²³ Lejos de ser producto de una anomía social, de una ausencia de perspectivas sobre el conjunto de la sociedad, las actividades, los rituales y las ceremonias olivoristas reflejaban, aunque de forma "invertida", a la sociedad que se rechazaba. Ámbito construido a partir de la imaginación, de cómo se *deseaba* que fuese el mundo, en ellas las "categorías normales sobre el orden y la jerarquía" no resultaban inevitables ni ineludibles.²⁴

²³ Scott, *Domination*, 1990, pp. 58-66 y 166-182.

²⁴ *Ibid.*, p. 168. A menos que se indique otra cosa, las traducciones del inglés son mías.

Porque sugerían que podían ser de otra manera, fue que se persiguió al olivorismo.

La comuna olivorista era una propuesta alternativa a las transformaciones que atravesaba San Juan de la Maguana, vertiente regional de los cambios económico-sociales que sufría la República Dominicana durante ese periodo. Entonces las relaciones mercantiles se ramificaban hacia zonas donde la economía de mercado apenas había penetrado anteriormente. En algunas de ellas, produjo cambios significativos en las relaciones de propiedad, en los sistemas de trabajo y en las actividades productivas. En el mismo Cibao central, tan acostumbrado a la producción para el mercado, las primeras décadas del siglo XX trajeron cambios en las relaciones sociales que afectaban al campesinado. La comercialización de la tierra, el incremento del control de los comerciantes sobre la producción agraria y las reglamentaciones estatales se dejaron sentir con mayor fuerza durante las primeras décadas del siglo.²⁵ En otras regiones del país, como en el Este, la expansión de los latifundios azucareros redefinió el paisaje rural y reestructuró las relaciones laborales; también reconfiguró la composición étnico-racial de muchas zonas.²⁶ No en balde algunos autores han visto la penetración del capitalismo en el campo dominicano como la causa fundamental del surgimiento de movimientos agrarios de diversa índole y contenido.²⁷

²⁵ San Miguel, *Campesinos*, 1997.

²⁶ Castillo, "Formación", 1984; Calder, *Impacto*, 1989, pp. 133-168; Castillo, "Inmigración", 1978, y Bryan, "Question", 1985, pp. 235-251.

²⁷ Maríñez, *Resistencia*, 1984, especialmente pp. 13-69, y Baud, "Struggle", 1988, pp. 120-140.

Varios de los aspectos organizativos de la comunidad olivorista cuestionaban las nuevas relaciones económicas, fundadas en la propiedad privada de la tierra y en la monetización de las relaciones sociales, en especial de las relaciones laborales. El comunitarismo olivorista conllevaba, por el contrario, el trabajo colectivo y la aparente ausencia de propiedad privada. Ambos principios encontraron asidero en algunas de las prácticas tradicionales del campesinado dominicano. Por ejemplo, el trabajo en común se basó en la tradición del *convite* (denominado *junta* en algunas regiones de la República Dominicana), sistema de trabajo colectivo mediante el cual los campesinos obtenían mano de obra gratis de sus parientes, vecinos y allegados a cambio de reciprocitar el servicio cuando les fuese requerido.²⁸ A principios del siglo XX, el trabajo colectivo se había debilitado en algunas regiones del país debido a la creciente comercialización de las relaciones laborales. No obstante, en muchas zonas continuaba teniendo vigencia; en algunas otras, parece que conoció un renacimiento. Los olivoristas fueron de los grupos rurales que contribuyeron a mantener vivo al convite.

Además del trabajo, los olivoristas compartían los bienes de consumo —como la bebida y la comida— y el dinero. El principio de la reciprocidad también era sostenido por la existencia de formas colectivas de posesión y de uso de la tierra, tradición que se remontaba al período colonial. Los llamados *terrenos comuneros* eran propiedades de tamaño indeterminado que eran poseídas por un grupo de copropietarios, los que validaban su acceso

a ellos a través de unos *pesos de acción*. Estos les permitían hacer uso de los recursos del terreno comunero, ya se tratase de la tierra, los pastos, los bosques o las aguas.²⁹ A juzgar por los pocos estudios disponibles, a principios de siglo los terrenos comuneros todavía desempeñaban un papel de gran importancia en la vida económico-social del Valle de San Juan, aunque, al igual que en el resto del país, existían terratenientes y comerciantes que habían iniciado un proceso de concentración de la propiedad de la tierra. En no pocas ocasiones se valieron de métodos fraudulentos para obtener ese control. En San Juan de la Maguana, algunos terratenientes comenzaron a experimentar con nuevas técnicas de cultivo, entre las que se encontraba la irrigación de las tierras dedicadas a la siembra de arroz. Entre esos terratenientes se encontraba Wenceslao Ramírez, el principal caudillo político de la región, antiguo patrono de Olivorio y padre de José del Carmen “Carmito” Ramírez, primer agrimensor titulado que tuvo San Juan de la Maguana y quien se convirtió también en un gran propietario.³⁰

Además, la comuna olivorista planteó un reto al orden político que pretendían erigir los estadounidenses y sus aliados do-

²⁹ San Miguel, *Campesinos*, 1997, pp. 189-199; Albuquerque, *Títulos*, 1961, y Fernández Rodríguez, “Origen”, 1980, pp. 5-45.

³⁰ Lundahl y Lundius, “Socioeconomic”, 1990, pp. 217-221. La tradición oral remite insistentemente al papel de los agrimensores en el despojo de los terrenos comuneros. Por tal razón, valdría la pena explorar de manera más sistemática el papel de “Carmito” Ramírez y su relación con los campesinos de la zona. El papel de la agrimensura en el despojo del campesinado —que conllevaba el predominio de un nuevo *saber* sobre la ruralía— es sugerido en el cuento de Juan Bosch, “El socio” en *Cuentos*, 1987, pp. 161-186.

²⁸ Lundius, “Great”, 1995, p. 72; Jiménez, *Amor*, 1975, pp. 76-79, y Baud, “Struggle”, 1988, p. 125.

Guillermo Collazo, *The Siesta*, 1886.

minicanos. En San Juan de la Maguana, como en toda la República Dominicana a principios del siglo XX, el poder se definía en torno a las relaciones entre los caudillos regionales y los representantes del Estado. En algunas regiones del país, el Estado había logrado aumentar su hegemonía; mas en otras, su presencia era precaria. El Valle de San Juan era una de estas últimas. En él, el Estado lograba concretizarse mayormente por medio de los vínculos entre los jefes locales y los representantes del poder central. Olivorio mismo había pertenecido a la clientela política de Wenceslao Ramírez. Eventualmente, como destacan Lundahl y Lundius, el “dios campesino” terminó convirtiéndose en un poder local con el cual tuvieron que negociar los caudillos tradicionales y los representantes del poder central. Al igual que con cualquier otro caudillo, las relaciones entre los olivoristas y las autoridades fluctuaron entre la hostilidad más o menos abierta y la colaboración. Así, en 1912, Ramírez acudió a La Maguana a solicitarle a Olivorio su adhesión al movimiento insurreccional que se fraguaba en contra del gobierno.³¹ No obstante, tales relaciones estaban cargadas de tensión.

En muchos sentidos, Olivorio y su movimiento representaron una ruptura con las prácticas que tradicionalmente pautaban las relaciones entre los dirigentes rurales y sus subalternos. Caudillos provenientes de los sectores populares habían existido siempre; valgan como muestras los nombres de Benito Monción, Gaspar Polanco, Gregorio Luperón, Ulises Heureaux y Desiderio Arias. Mas, luego

de alcanzar prominencia, poder y riqueza, los líderes se distanciaban de sus orígenes y adoptaban los estilos de vida, las prácticas y los rituales de las clases altas; como parte de su ascenso social, usualmente se convertían en grandes propietarios, lo que sellaba su integración a los sectores dominantes de la sociedad. Olivorio, por el contrario, mantuvo su adhesión al mundo campesino del que provenía. A pesar de convertirse en un líder político y de la prominencia que alcanzó, continuó siendo lo que fue desde el principio: un líder religioso con propiedades taumatúrgicas. La misma religión que fundó se centró en las creencias, las prácticas y el entramado ceremonial propios de los sectores subalternos. Como religión, el olivorismo se caracterizó por rescatar una serie de creencias afro e indoamericanas, además de incorporar creencias y rituales del catolicismo popular proveniente de Europa y del vudú originario de Haití. Sus vínculos con Haití pueden, incluso, haberle brindado al movimiento olivorista una dimensión étnico-racial fundada en las herencias africanas.³² Aunque marcado por el caudillismo y el clientelismo tradicionales, el olivorismo suponía una relación cualitativamente distinta entre la dirigencia del movimiento y sus bases. Fue así en la medida en que los principios de la reciprocidad y el comunitarismo normaban las relaciones del colectivo de fieles. Adorado como profeta y hasta como deidad, Olivorio mantenía una posición de preeminencia absoluta entre sus seguidores. Mas era un mesías que vivía entre los humanos: que bebía, comía y bailaba junto a los hombres y las mujeres; que

³¹ Lundahl y Lundius, “Socioeconomic”, 1990, p. 224.

³² Lundius, “Great”, 1995, pp. 127-211.

fornicaba igual que los otros miembros de la comunidad.

Junto a ellos también le hizo frente a las tropas que los acechaban. Lundahl y Lundius identifican dos ciclos de agresiones de las autoridades contra el olivorismo; el parteaguas entre uno y otro fue la ocupación estadounidense de 1916. Antes de ese año, las relaciones entre el olivorismo y los poderes locales y nacionales habían oscilado entre la indiferencia, la colaboración y la confrontación.³³ Como medida defensiva, Olivorio organizó sus propias milicias, las que llegaron a aglutinar a cientos de seguidores. Muchos de ellos deben haberse reclutado entre los bandidos, los contrabandistas y los forajidos que se unieron a Olivorio; seguramente entre ellos se encontraban varios que confrontaron a las autoridades cuando éstas intentaron cerrar la frontera dominico-haitiana a partir de 1905, al establecerse el control de Estados Unidos sobre las aduanas dominicanas. Esta medida puso en peligro el tradicional trasiego comercial —usualmente ilegal— que realizaban los *rayanos*, como se denomina a los habitantes de la frontera, por lo que, desde sus inicios, enfrentó la oposición de la población. Los que intentaron negociar con Haití fueron clasificados como contrabandistas y perseguidos por las fuerzas armadas fronterizas. Como resultado, ocurrieron numerosos encuentros violentos en los que perecieron o fueron heridos agentes aduaneros y militares. En ocasiones, los mismos puestos de aduana resultaron atacados. Durante la revolución de 1912, las aduanas fronterizas fueron incendiadas sistemáticamente, parece que

con la connivencia de sectores terratenientes cuyas ventas de ganado en Haití habían sido perjudicadas por el control fronterizo. Incapaces de vigilar y de controlar la totalidad de la frontera, las autoridades estadounidenses tuvieron que aceptar que continuara el contrabando. Los miembros de la comunidad de Olivorio se encontraron entre los habitantes de la región fronteriza que mantuvieron sus tratos con Haití, a pesar de que sus actividades habían sido declaradas crímenes.³⁴

A raíz del control estadounidense del Estado dominicano, a partir de 1916 se inició un segundo ciclo de agresiones contra los olivoristas. Los estadounidenses intentaron aplicar una serie de medidas al conjunto de la sociedad que fueron resistidas por los olivoristas. Entre ellas se encontraron el desarme de la población, necesario desde el punto de vista de los ocupantes para evitar las sublevaciones y las guerras civiles.³⁵ Para muchos civiles, la entrega de sus armas implicaba la rendición de su medio de defensa contra cualquier agresor, ya fuese un particular o un representante del Estado. Entre las masas rurales, las armas de fuego eran, también, un símbolo de hombría y masculinidad que simbolizaba su sentido del honor y del respeto. Según Mejía, en el Cibao, “los padres, al llegar los hijos [varones] a la pubertad, le entregaban [un revólver] o ellos lo adquirirían con el primer dinero que ganaban”.³⁶ Además, para los grupos que mantenían conflictos con las autoridades, o cuyos estilos y medios de vida dependían de actividades no gratas

³⁴ *Ibid.*, pp. 214-216.

³⁵ Mejía, *Lilís*, 1993, pp. 144-146, y Calder, *Impacto*, 1989, pp. 20-21.

³⁶ Mejía, *Lilís*, 1993, p. 145.

³³ Lundahl y Lundius, “Socioeconomic”, 1990, pp. 201-203.

para ellas —como era el caso de los contrabandistas—, la entrega de las armas representaba una rendición que ponía en peligro su subsistencia y hasta su existencia física. Por ello, a “mucho tuvieron que hasta que matailo pa quitaile la aimá”.³⁷

En tal posición se encontraron los olivoristas. Debido a su problemática relación con las autoridades, los olivoristas fueron renuentes a entregar sus armas. A ello posiblemente se sumó el hecho de que la comunidad mantuvo su tráfico comercial con Haití. Más importantes aún fueron los vínculos que aparentemente sostuvieron los olivoristas con los campesinos sublevados en Haití debido a las medidas implantadas por los estadounidenses en el vecino país, que fue ocupado militarmente en 1915.³⁸ Una de tales medidas fue el trabajo compulsorio en las carreteras, que generó tal descontento entre la población rural que contribuyó a inflamar la rebelión contra los ocupantes. Bajo el liderato de Charlemagne Peralte, miles de campesinos haitianos (denominados *cacos*) lucharon en contra de los estadounidenses, quienes tenían buenas razones para pensar que existía una conexión entre los rebeldes de Haití y los olivoristas; éstos, por su lado, debían sospechar que la experiencia haitiana bajo la dominación de Estados Unidos presagiaba su propio destino. No tardó mucho, en efecto, para que los estadounidenses colaboraran con las autoridades dominicanas en la implan-

tación de la Ley de Caminos, aprobada en 1907 pero de limitada efectividad hasta el periodo de la ocupación.³⁹ Es de suponer que entre los seguidores de Olivorio se encontrasen campesinos que habían huido de las prestaciones laborales, como se denominó oficialmente al trabajo compulsorio en los caminos. Las afrentas comunes a los campesinos dominicanos y haitianos deben haber generado entre ellos una razón adicional para continuar los tradicionales tratos comerciales a través de la frontera. También deben haber instado a los olivoristas a brindar a los *cacos* haitianos armas, suministros y refugio. Con razón los estadounidenses desataron una intensa persecución contra los olivoristas.

La saña de los estadounidenses no fue lo único que contribuyó al desenlace fatal del movimiento. Según Lundahl y Lundius, Olivorio fue víctima de una “conspiración de los ricos”, patente en la ruptura del clan Martínez con el “dios campesino” y en su apoyo a los estadounidenses.⁴⁰ Guiados por “Carmito” Ramírez, que era agrimensor, por lo que debía conocer muy bien el terreno, los *marines* atacaron el refugio de los olivoristas en 1917; a raíz de ese ataque, la comunidad quedó virtualmente desmantelada y Olivorio, junto a un reducido grupo de seguidores, tuvo que refugiarse en las montañas. Aislado en la Cordillera Central, la persecución perdió intensidad al ser derrotados los *cacos* en Haití. Pero ese fue sólo un breve interludio en el acoso a Olivorio. Como se había hecho durante el periodo

³⁷ Entrevista a Demetrio Frías, combatiente de La Barranquita, reproducida en González Canalda, *Línea*, 1985, p. 76.

³⁸ Lundius, “Great”, 1995, pp. 103-112; Lundahl y Lundius, “Socioeconomic”, 1990, p. 227; Castor, *Ocupación*, 1971, y Nicholls, *Dessalines*, 1979, pp. 142-152.

³⁹ San Miguel, *Campesinos*, 1997, pp. 263-275, y “Estado”, 1991, pp. 50-54.

⁴⁰ Lundahl y Lundius, “Socioeconomic”, 1990, pp. 226-227.

colonial contra los esclavos cimarrones,⁴¹ periódicamente se enviaban cuadrillas de guardias a hostigar a la pequeña banda de olivoristas. Una de esas cuadrillas, en un incidente que ha sido calificado como una “masacre a sangre fría”, ultimó al “dios campesino” junto con una veintena de sus seguidores, entre ellos a mujeres y niños.⁴²

Con este acto parecía que caía el telón sobre el milenio anunciado por Olivorio. Mas los acontecimientos posteriores habrían de demostrar todo lo contrario. Algunos de sus seguidores continuaron su labor profética y taumatúrgica; el más conocido fue José Popa, quien ejerció su misión durante la década de los veinte hasta que fue asesinado en 1930. La dictadura trujillista que se instauró en ese año persiguió sistemáticamente a los remanentes del olivorismo. Para el tirano resultaba sospechosa toda muestra de autonomía de la sociedad civil, máxime si provenía de sus sectores subalternos. No obstante, los sucesos a la caída de la dictadura demostrarían que las enseñanzas de Olivorio no habían desaparecido. En Palma Sola, una sección rural de San Juan de la Maguana, surgió un culto religioso que se derivaba del olivorismo.⁴³ De manera oculta y subterránea, la tradición oral había mantenido viva la memoria de ese “dios campesino” que, a partir de la cotidianidad acosada de los sectores rurales, había encarnado recónditos anhelos milenaristas. Por su supervivencia en la memoria popular, por el contenido reivindi-

cativo de su profetismo, y por la impronta que ha dejado en el ámbito regional, el olivorismo está lejos de ser un movimiento de resistencia “marginal”, como lo ha denominado Pablo Maríñez.⁴⁴ Ha constituido, por el contrario, una de las tradiciones de resistencia campesina más articuladas y de más larga duración en la República Dominicana. Aunque contó entre sus miembros con personas de trasfondos variados, el olivorismo expresó en el terreno de lo divino los sueños utópicos del campesinado fronterizo; muestra la pervivencia de una cultura de la resistencia arraigada en el entorno regional. Esos “ríos profundos”, que corren todavía en San Juan de la Maguana, son un testimonio fehaciente del “poder del llamado milenarista”.⁴⁵

LA MEMORIA DE LA IRA: LA GUERRA GAVILLERA

Si el olivorismo fue una expresión de la fe y de la piedad, el gavillerismo del Este fue la manifestación de la ira.⁴⁶ La persistencia de su recuerdo ha sido producto, igualmente, del furor contra ciertos agentes que han incidido sobre la sociedad dominicana. Esos agentes son el imperialismo de Estados Unidos —entendido en su expresión político-militar—, y los grandes consorcios azucareros, especialmente los de propiedad estadounidense.⁴⁷ De la furia

⁴¹ Deive, *Guerrilleros*, 1989.

⁴² Lundius, “Great”, 1995, pp. 118-121.

⁴³ *Ibid.*, pp. 123-124. Sobre Palma Sola y su vínculo con el olivorismo, véase Martínez, *Palma*, 1991.

⁴⁴ Maríñez, *Resistencia*, 1984, p. 53.

⁴⁵ Diacon, *Millenarian*, 1991, p. 141, y el estudio clásico de Cohn, *Pursuit*, 1970.

⁴⁶ Debo esta distinción a la fina sensibilidad histórico-sociológica de Walter Cordero.

⁴⁷ Báez, *Azúcar*, 1978; Lozano, *Dominación*, 1976, y García Muñiz, “Sugar”, 2000-2001.

contra ellos se han derivado las dos principales vertientes de interpretación en torno al movimiento gavillero que surgió en el Este de la República Dominicana durante los años 1916-1924.⁴⁸ La primera interpretación es de carácter fundamentalmente nacionalista, y pone énfasis en la naturaleza antimperialista del gavillerismo. De acuerdo con esta visión, la lucha de los gavilleros se originó en el rechazo a la intervención yanqui y en el intento por reafirmar la soberanía nacional, secuestrada por los ocupantes.⁴⁹ La segunda interpretación tiende a resaltar el contenido social del gavillerismo, adscribiéndole el rasgo de ser una reacción del campesinado del Este a los despojos sufridos a manos de las plantaciones azucareras que se establecieron en la región entre fines del siglo XIX y principios del XX. Según esta concepción, los despojos alcanzaron su mayor algidez durante el periodo de la ocupación por parte de Estados Unidos, cuyas fuerzas armadas, leyes y organismos estatales contribuyeron a expropiar a los campesinos de la región. El gavillerismo fue, pues, la respuesta de la población rural del Este ante el avance del latifundio azucarero de prosapia extranjera. De ahí su contenido social. El movimiento gavillero durante la intervención fue —en palabras de uno de los suscriptores de esa

⁴⁸ Para efectos de la presente discusión, la región del este, a principios del siglo XX, abarcaba las provincias de El Seibo y de San Pedro de Macorís.

⁴⁹ Entre las obras que suscriben esta línea interpretativa se encuentra el libro de Ducoudray, "*Gavilleros*", 1976, un conjunto de ensayos periodísticos que se empeñan en demostrar el sustrato político del movimiento, de afirmación nacional. La tesis del gavillerismo como movimiento antiyanqui había sido adelantada por Cordero Michel en "No vinieron", 1974.

tesis— el "propio camino de lucha" que tomó el campesinado oriental al verse abandonado por los caudillos tradicionales, provenientes de la "oligarquía", quienes, respondiendo a sus intereses de clase, depusieron las armas ante el invasor. Los campesinos del Este, por el contrario, se lanzaron a la lucha en defensa de las tierras que habían perdido.⁵⁰

Por supuesto, en virtud de su "abandono", los caudillos provenientes de la "oligarquía" traicionaron a la vez la causa nacional. En consecuencia,

el campesinado se enfrentó a las tropas norteamericanas, en una doble modalidad. Por un lado, como patriotas dispuestos a defender la nación; por otro, en cuanto campesinos propiamente dichos, es decir, en defensa de sus propios intereses, fundamentalmente de la tierra.⁵¹

Evidentemente, las tesis del gavillerismo como movimiento nacionalista o como movimiento campesinista pueden cruzarse y, aunque poniendo énfasis en uno u otro factor, fundirse en una misma interpretación en la cual la causa nacional fue encarnada, en virtud de sus intereses de clase, por el campesinado. No en balde Ducoudray, defensor del gavillerismo como movimiento nacionalista y patriótico, prestó atención a las "infamias" del Central Romana tanto como a las "salvajadas" de "esos blancos" que eran los *marines*.⁵²

⁵⁰ Maríñez, *Resistencia*, 1984, p. 40. La tesis del gavillerismo como movimiento fundamentalmente campesino es suscrita también por Calder, cuyo estudio es sin duda el más completo sobre la ocupación (*Impacto*, 1989, p. 169).

⁵¹ Maríñez, *Resistencia*, 1984, p. 48.

⁵² Ducoudray, "*Gavilleros*", 1976, pp. 39-49.

Ambas tesis, que ganaron popularidad en la década de los setenta del siglo XX, tienen algo en común: su intento de recuperar una memoria del gavillerismo contrapuesta a la impulsada por la propaganda oficial desde el periodo de la ocupación estadounidense, según la cual los gavilleros eran meros “bandidos”. Al combatirlos, las tropas de ocupación realizaban una labor de “limpieza” de los campos del Este, agobiados por las depredaciones de las bandas o gavillas. Tal interpretación fue suscrita incluso por un estadounidense liberal como Sumner Welles, quien catalogó a los insurrectos de las provincias de El Seibo y San Pedro de Macorís como “una especie de bandolerismo”.⁵³ Concepción anclada en toda suerte de prejuicios nacionales, raciales y de clase, la visión de la oficialidad yanqui sobre el gavillerismo se convirtió en doctrina de Estado durante el trujillato. Como ha demostrado Andrés L. Mateo, los ideólogos del trujillismo construyeron una “paz” mítica, un orden de estabilidad y prosperidad, hechura del tirano, que se articuló “en oposición a dos contrafiguras históricas: los ‘gavilleros’ y los caciques regionalistas”. Trujillo se destacó, precisamente, en la persecución de los gavilleros del Este luego de ingresar a la Guardia Nacional dominicana, fuerza constabularia organizada por los estadounidenses durante la ocupación. Agigantada su participación en la “pacificación” hasta alcanzar proporciones míticas:

Las biografías de Trujillo presentaban como punto de partida de su cruzada por “la paz”, las campañas militares de las tropas bajo su mando contra los campesinos del Este del

país [...] [En ellas], se borda una saga heroica, en la que el “gavillero” se convierte en causalidad mitológica.⁵⁴

Construcción problemática —continúa Mateo— debido al contenido nacionalista del gavillerismo, la mitología trujillista terminó por negarle a éste todo mérito en la reivindicación de la patria hollada por los estadounidenses. Cuando se vieron obligados a tratar ese asunto —por ejemplo, en sus fraudulentas y fantasiosas “biografías militares de Trujillo”—,⁵⁵ los epígonos del régimen resaltaron la naturaleza delictiva del gavillerismo, lo que convertía al tirano en un verdadero héroe de la paz. Usualmente se estableció un rotundo cerco de silencio alrededor del tema.

Irónicamente, ese silencio fue compartido, con muy contadas excepciones, por intelectuales dominicanos de vocación liberal y democrática, cuya concepción sobre las luchas nacionales en contra de la intervención privilegió casi de manera absoluta a las elites sociales y políticas.⁵⁶

⁵⁴ Mateo, *Mito*, 1993, pp. 116-121. Las citas provienen de las pp. 117 y 119, respectivamente. Sobre la Guardia Nacional, véase Calder, *Impacto*, 1989, pp. 78-90.

⁵⁵ Mateo, *Al filo*, 1996, pp. 132-135.

⁵⁶ Por ejemplo, a pesar de condenar acremente al “capitalismo imperialista” que se entronizó durante la ocupación de 1916-1924, Jimenes Grullón, en *República*, 1965, no hace mención de la lucha de los gavilleros. En obras posteriores, abordó la resistencia gavillera de forma muy circunstancial. Véase *Sociología*, 1981, vol. II, pp. 412-413. Mejía fue uno de los pocos que al menos dio cuenta de la existencia del gavillerismo durante la ocupación, el que vincula a la tradición de las montoneras caudillistas y a los abusos cometidos por los invasores contra la población campesina (*Lilí*, 1993, pp. 157-158). Esta obra se publicó originalmente en 1944.

⁵³ Welles, *Vina*, 1981, vol. II, p. 263.

Después de todo, en relación con aspectos importantes, las concepciones de muchos de ellos sobre la nación, la modernidad y el progreso coincidían con las de los estadounidenses. Entre la intelectualidad prevalecía un proyecto civilizatorio en el cual las masas rurales simbolizaban el atraso, la premodernidad y el primitivismo. Para ella, también era necesario superar la barbarie que representaban las gavillas y las prácticas políticas asociadas a éstas, tales como el caudillismo.⁵⁷ Sus narraciones sobre la lucha contra los invasores silenciaron, ocultaron, ignoraron o menospreciaron las resistencias que habían protagonizado los sectores subalternos, en especial los grupos campesinos. La historiografía nacionalista de las elites, que posee claras tangencias con los discursos colonialistas, es construida —en palabras de Ranajit Guha— “como una especie de biografía espiritual” suya.⁵⁸ En esa “autobiografía” no tienen cabida los grupos subalternos; no al menos en el papel protagonista, “robándole la escena” a los autores del libreto. La participación de los gavilleros en la resistencia contra los estadounidenses pasó a formar parte de las “historias suprimidas”.⁵⁹ Sin embargo, la tradición oral retuvo la memoria de los

gavilleros,⁶⁰ cuya presencia en los conflictos armados durante la intervención —con todas sus contradicciones internas— ha pasado a ser reevaluada en épocas recientes. Y el panorama que ha aflorado matiza sustancialmente algunas de las interpretaciones anteriores. Sin negarlas totalmente, estas interpretaciones tienden a cualificar tanto la tesis del nacionalismo como la del campesinismo de las gavillas.

El gavillerismo no era un fenómeno novedoso en la República Dominicana. La literatura costumbrista sugiere que a fines del siglo XIX merodeaban grupos de bandidos que, al estallar alguna guerra civil, terminaban incorporándose a uno u otro bando.⁶¹ Tampoco era exclusivo de la región oriental. Aunque con variados grados de intensidad, el mismo se evidenciaba en todas las regiones del país; en algunas era un mal endémico. En el Este, entre 1900 y 1916, proliferaron las bandas de “gavilleros” dedicadas a la comisión de actos delictivos, y relacionadas de forma compleja con las “revoluciones” del periodo. A veces las “gavillas” eran un detrito de las guerras civiles; en otras las antecedían y terminaban confundiéndose con los bandos en pugna, usualmente retornando a sus actividades delictivas al finalizar los conflictos armados, sobre todo si se pertenecía a los perdedores.⁶²

⁵⁷ Mateo, *Mito*, 1993, especialmente pp. 51-63; García Cuevas, *Juan*, 1995; Céspedes, “Efecto”, 1989, pp. 7-56; Franco, *Historia*, s. a., pp. 79-112; San Miguel, *Isla*, 1997, pp. 148-152, y “Ciudadanía”, 1999, pp. 6-30. Para ubicar el pensamiento dominicano de esa época en el ámbito latinoamericano en general, véase Ramos, *Desencuentros*, 1989, y Rama, *Ciudad*, 1984.

⁵⁸ Guha, “Some”, 1988, p. 38. También resultan pertinentes: Pandey, “Peasant”, 1988, pp. 233-287, y Mallon, *Peasant*, 1995.

⁵⁹ Chatterjee, *Nation*, 1993, pp. 113-115.

⁶⁰ Ducoudray relata que en su círculo familiar escuchó de niño anécdotas referentes a los gavilleros; también, que estando preso en El Seibo “en tiempos de Trujillo”, escuchó a un “campesino anciano” cantar décimas “que el pueblo compuso en elogio a los guerrilleros” (“Gavilleros”, 1976, pp. 39 y 54).

⁶¹ Billini, *Baní*, 1973.

⁶² Franks, “Gavilleros”, 1995, pp. 158-181, y Cassá, “Orígenes”, 1994, pp. 12-14. Este artículo

Henri Cleenewerk, *The Yumuri Valley at Dawn*, 1865.

En un complejo proceso de ósmosis, gavilleros y “revolucionarios” intercambiaban posiciones dependiendo de circunstancias muy específicas. Como la distinción entre piratas y corsarios en el Caribe de los siglos XVII y XVIII, que dependía de una definición realizada desde el Estado a partir de la relación de los piratas/corsarios con el poder, más que de su *modus operandi*, de su origen o de sus propósitos inmediatos, el guerrillero que se integraba a una tropa “revolucionaria” antigubernamental apenas se distinguía del bandido que pertenecía a una gavilla.

Por eso las gavillas formaban parte intrínseca de la estructura de poder regional. Respondían al sistema clientelista, típico del país en esa época, y sus líderes eran verdaderos caudillos, quienes se integraban a las facciones políticas que se disputaban el poder. Como ha resaltado Julie Franks, antes de 1916 el gavillerismo ya era una forma de “práctica política”. Los gavilleros a veces atacaban a las compañías azucareras, robando sus bodegas y ganado, quemando sus cañaverales, asaltando a sus guardianes y sus puestos de vigilancia e, incluso, agrediendo o secuestrando a sus empleados, representantes y administradores. Pero, antes de esa fecha, su vínculo con las compañías era de “entendimiento”. Relación de naturaleza extorsionadora, a cambio de pagos en efectivo, obtenidos usualmente debido a amenazas más o menos abiertas, en virtud de ellas los gavilleros garantizaban la

“seguridad” de las plantaciones, de sus instalaciones y de sus empleados.⁶³ Dado que las gavillas operaban de forma independiente unas de las otras, era común que una banda brindase su protección en contra de otros grupos de merodeadores. Los gavilleros que actuaban bajo tales premisas constituían una especie de “empresariado violento” de tipo agrario, cuyo paradigma histórico es la mafia de la ruralía siciliana, y que tuvo paralelismos en otros países de América Latina y del Caribe, como fueron los casos de México y Cuba, en cuyos campos proliferó el bandidismo social entre fines del siglo XIX e inicios del XX.⁶⁴

Debido a su carácter parasitario, las gavillas existentes antes de 1916 no se oponían, necesariamente, a los intereses económicos extranjeros. De tales empresas era que se nutrían. Su principal enemigo en ese periodo —arguye Franks— eran aquellos agentes que potencialmente podían minar su autoridad y su capacidad de acción, seguramente porque podían convertirse en competidores por el favor

⁶³ Franks, “Gavilleros”, 1995, p. 158, y Cassá, “Antecedentes”, 1994, p. 10. Ya Calder había resaltado la relación entre el gavillerismo y las estructuras políticas de la región oriental. Véase *Impacto*, 1989, pp. 170-177, y “Caudillos”, 1978, pp. 649-675.

⁶⁴ Cassá, “Emergencia”, 1995, p. 8; Hobsbawm, *Primitive*, 1965, pp. 30-56; Blok, *Mafia*, 1975; Vanderwood, *Disorder*, 1992, y Pérez, Jr., *Lords*, 1989. El gavillerismo dominicano guarda similitudes con las “partidas sediciosas” que se desataron en Puerto Rico a fines del siglo XIX, que eclosionaron en 1898 en medio de la guerra entre España y Estados Unidos. En esta isla, el movimiento se expresó mayormente en contra de España, la metrópoli colonial, y de los comerciantes y los terratenientes peninsulares. Véase Picó, 1898, 1987, y Negrón Portillo, *Cuadrillas*, 1987.

forma parte de una serie sobre el gavillerismo publicado por el autor en *Isla Abierta*, que es la sección cultural del periódico *Hoy*, y cuyos otros títulos son: “Antecedentes”, 1994; “Gavillerismo”, 1994; “Emergencia”, 1995; “Vicentino”, 1995; “Campaña-1”, 1995, y “Campaña-2”, 1995.

de las compañías; de ahí su animosidad contra la policía y los *guarda campesinos*.⁶⁵ Incluso, hubo gavilleros que trabajaron para las corporaciones azucareras en funciones policíacas que bordeaban el terrorismo. Salustiano "Chachá" Goicochea, uno de los primeros líderes en rebelarse en contra de la ocupación estadounidense, "alternaba ocupaciones de jefe de orden del ingenio Consuelo con las de expulsión de infelices de sus tierras". Gracias a tales vínculos, connotados personajes del gavillerismo llegaron a ascender económica y socialmente. Manuel Joaquín Aybar se convirtió en "un potentado terrateniente con base en expropiaciones [de tierras] y otras operaciones abusivas"; Luis Emilio Duluc "aprendió" en el entorno del gavillerismo "las artes criminales que aplicaría como jefe de la policía privada del Central Romana".⁶⁶

¡Cuál no sería la sorpresa de Gregorio Urbano Gilbert, quien se unió a las gavillas urgido por su patriotismo, al escuchar a sus compañeros de armas ufanarse de sus tropelías!⁶⁷ Actos que afectaron tanto a terratenientes y comerciantes como a la población campesina, los mismos continuaron luego de 1916, a pesar de que las gavillas sufrieron una transformación como resultado de la invasión estadounidense. A partir de entonces, aumentó la

intensidad del gavillerismo en el Este, alcanzando "una dimensión global [...] que no tenía precedentes en ningún otro momento o lugar". El número de bandas creció de manera dramática; el de guerrilleros se multiplicó como nunca antes. Su "carga de extrema violencia, [...] ejercida contra pacíficos, sobre todo adinerados, como colonos y comerciantes, amén de autoridades", hizo palidecer las actuaciones previas de los gavilleros.⁶⁸ Haciendo honor a sus orígenes históricos, de evidentes propensiones delictivas, las gavillas continuaron depredando a los "pacíficos", incluyendo a los campesinos, pero, a raíz de la ocupación, su actuación se volcó contra aquello que simbolizaba o sustentaba a los invasores. Incluso, se puede establecer, de acuerdo con Cassá, una distinción más nítida entre las gavillas que continuaron cometiendo actos delictivos en contra de los campesinos, aunque también atacaban a las tropas estadounidenses, y aquellas bandas orientadas por un "gavillerismo político y nacionalista", menos propenso —ya que no exento— de asaltar a la población campesina. Tal fue el caso de la banda dirigida por Pedro Celestino del Rosario, alias "Tolete", a partir de 1917, pese a que continuó siendo imposible establecer una clara demarcación "entre bandas animadas en principio por móviles políticos" y las dedicadas primordialmente a las actividades delictivas.⁶⁹

Un factor que contribuyó a aumentar la militancia gavillera contra los estadounidenses fue la creciente animosidad de los pobladores del Este contra el gobierno central, patente desde la presidencia de

⁶⁵ Franks, "Gavilleros", 1995, pp. 160 y 166.

⁶⁶ Cassá, "Emergencia", 1995, p. 8. Cassá llega a definir a "Chachá" como un verdadero "matón". La información vertida por este autor enriquece notablemente el trasfondo social, el comportamiento y el historial de los gavilleros.

⁶⁷ Cassá, "Orígenes", 1994, p. 14. Como resalta este autor, las memorias de Urbano Gilbert, *Lucha*, 1975, constituyen una fuente inestimable para el estudio del gavillerismo.

⁶⁸ Cassá, "Gavillerismo", 1994, p. 9.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 10.

Ramón “Mon” Cáceres (1905-1911), quien enfrentó los levantamientos armados con métodos inéditos e inusual mano dura. Como explica Franks, Cáceres intentó fortalecer al Estado, por lo que modificó la forma tradicional de operar con los caudillos: muchos fueron obviados a la hora de repartir dádivas y prebendas; también se los menoscabó en su calidad de mediadores entre los intereses regionales y el Estado.⁷⁰ Es decir, los caudillos dejaron de ser considerados como interlocutores legítimos con el poder estatal, por lo que aumentó su disposición a hacerse oír a cualquier precio. Al arribar las tropas estadounidenses a la región oriental, a principios de 1917, las bandas de gavilleros se enfrentaron a unos nuevos representantes de ese poder central, agentes que contaban con una evidente superioridad tecnológica en el nefasto arte de la guerra. El hecho de que fueran inmaculadamente blancos, a excepción, quizá, de los puertorriqueños que acompañaron a las tropas invasoras en calidad de intérpretes y de personal de “rango medio”; de que hablaban otro idioma, a pesar de que el inglés era conocido por medio de los *cocolos*, los trabajadores azucareros inmigrantes del Caribe angloparlante, y de que fueran percibidos como lo que en esencia eran —invasores extranjeros—, inclinó a la población local en contra de las tropas yanquis.⁷¹ Además, en una cultura política en la cual el despliegue de armamentos y pertrechos militares era común, pero usualmente premonizaba sufrimientos y

pérdidas para la población, la impresionante maquinaria guerrera de los estadounidenses debe de haber producido escalofríos a muchos habitantes del Este. Muy pronto, a medida que los ocupantes comenzaron a implantar sus medidas económicas y políticas, se vieron confirmadas muchas de sus aprensiones.

El elemento que más propendió a la transformación del gavillerismo fue la incorporación a sus filas de un contingente mayor de campesinos. Es decir, al gavillero clásico, guerrillero durante las “revoluciones”, con frecuencia bandido, se unió el pequeño propietario rural, agraviado o despojado por los latifundios azucareros, lanzado a la marginalidad más abyecta o a los cañaverales en calidad de peón. A partir de entonces se hizo más común encontrar a gavilleros que combinaban sus actividades guerrilleras con las tareas agrícolas: de día labraban en el conuco mientras que de noche guerrearaban. Con frecuencia, señala Cassá, los nombres de los integrantes de las bandas “eran del dominio público, pero no eran aprehendidos, en parte por falta de pruebas”,⁷² difíciles de obrenar, por otro lado, debido a la connivencia de la población campesina y de su renuencia a delatar a los gavilleros. El temor a las represalias también instó al silencio.

Mas, como ha sugerido Cassá, parece que se generó una especie de identificación instintiva de los campesinos con los gavilleros que se enfrentaban a los “blancos” del Norte, fundada en factores de clase, étnicos, culturales y nacionales. Y ello ocurrió a pesar de que las gavillas continuaron realizando sus depredaciones

⁷⁰ Franks, “*Gavilleros*”, 1995, p. 161.

⁷¹ Sobre las funciones de los puertorriqueños durante la ocupación, véase Calder, *Impacto*, 1989, p. 40; en relación con la inmigración *cocola*: Bryan, “Question”, 1985, y Castillo, “Inmigración”, 1978.

⁷² Cassá, “Gavillerismo”, 1994, p. 11. También Ducoudray, “*Gavilleros*”, 1976, p. 62.

sobre los “pacíficos”, que afectaron a muchos campesinos y que no estuvieron exentas de rasgos abusivos, atropellantes y criminales. Todo ello no obstó para que los campesinos y los trabajadores agrícolas se sintieran atraídos por los gavilleros. Algunos de sus líderes llegaron a alcanzar una fama legendaria, como fue el caso de “Vicentico”, a pesar de que practicó “requisiciones” forzosas contra la población rural, “actitud violenta que distanciaba a sus rebeldes de los pacíficos”.⁷³ El imaginario surgido en torno a ese tipo de combatiente irregular y la admiración que concitaron sus líderes, fundados, en ocasiones, en hechos o posturas no del todo verificables o hasta totalmente falsos, constituyeron elementos poderosos para crear esa identificación. Ni verdaderos paladines del campesinado, ni figuras inmarcesibles, la imaginación popular convirtió a los gavilleros en vengadores de las afrentas sufridas. Las masas rurales del Este *quisieron ver* en los gavilleros a sus protectores y vengadores. Y quisieron verlos así porque era una “proyección” de sus creencias habituales en torno a los abusos, los despojos y las violencias a que eran sometidos por los latifundios y por los agentes del poder central.⁷⁴

Unidos por su común oposición al gobierno central, gavilleros y “pacíficos” se sintieron amenazados por “un intruso extranjero con muchísima mayor capacidad de intromisión [en los asuntos regionales] que los gobiernos nacionales” que habían existido hasta ese momento. La ocupación

—continúa Cassá— potenció “el conflicto secular que enfrentaba a pueblo y Estado”, añadiéndose al mismo una serie de “códigos culturales”.⁷⁵ El resultado fue una militancia nacionalista más clara y una identificación más decidida —aunque preñada de tensiones— entre los gavilleros y los estratos más pobres de la población rural. Los sectores acomodados, por el contrario, tendieron a identificarse con los ocupantes. A ellos apostaron en su búsqueda de un orden que garantizase el regreso a la normalidad de las zafras, del engorde y la venta de ganado; en ellos atisbaron la posibilidad de domesticar definitivamente a esas masas levantiscas y a los “Concho Primo” que las dirigían. Los gringos fueron su apuesta a la “civilización” representada por el mercado y el Estado.

Por ello se puede hablar con toda propiedad de la existencia de una nueva etapa del gavillerismo a partir de 1916. A configurar este nuevo periodo contribuyeron de manera decisiva las expropiaciones y los abusos que las corporaciones azucareras cometían contra los campesinos y los trabajadores de la región, a pesar de que el gavillerismo nunca adoptó una discursiva ni una práctica “agrarista”, ni fue un defensor de los “pobres rurales”.⁷⁶ El gavillero no fue un Robin Hood. No obstante, si una causa explica por qué en el Este el gavillerismo alcanzó tales dimensiones, esa razón es la preponderancia de la industria azucarera y la inusitada expansión de los campos cañeros. En otras regiones del país, la insurrección no llegó a pren-

⁷³ Cassá, “Vicentico”, 1995, p. 8.

⁷⁴ Esta interpretación sigue de cerca el análisis de Amin, “Gandhi”, 1988, pp. 288-346. También resultan sugerentes los ensayos recopilados en Brading, *Caudillos*, 1985.

⁷⁵ Cassá, “Vicentico”, 1995, p. 10.

⁷⁶ Franks, “Gavilleros”, 1995, pp. 160 y 166; Ducoudray, “Gavilleros”, 1976, pp. 45 y ss., y Cassá, “Gavillerismo”, 1994, y “Emergencia”, 1994.

der en la ruralía. Ni en los campos cibaeños, ni en la región fronteriza, ni siquiera en la Línea Noroeste, tan propensa a la insurrección y tan inclinada al caudillismo, se incendió una llama de rebeldía rural como en el Este. Y lo que lo diferenció de todas las demás regiones fue, precisamente, el predominio asfixiante que las corporaciones azucareras llegaron a tener sobre la economía y la sociedad de la región.

La ola de violencia desatada por las fuerzas de ocupación en el Este, que asumió modalidades abiertamente terroristas, fortaleció la identificación de los campesinos con los gavilleros. Tal situación ha sido común cuando ejércitos foráneos han ocupado un territorio para doblegar a tropas irregulares que cuentan con el amparo de la población no combatiente. La respuesta usual es el terror, que suele tener efectos contraproducentes porque afecta tanto a los cómplices de las guerrillas como a los inocentes. Si en las poblaciones preindustriales existe una "economía moral", como arguye E. P. Thompson,⁷⁷ podemos igualmente asumir que existe una concepción moral del poder, la cual, como en los ámbitos de la producción, la distribución y el consumo, se funda en concepciones muy precisas sobre lo justo y lo debido. Al igual que respecto de la vida material, tales poblaciones son capaces de tolerar los desmanes, los abusos y los excesos, pero sólo hasta cierto punto. De ahí en adelante, los actos cometidos por los grupos de poder son execrados; cuando traspasan los límites de lo moralmente tolerable, los poderosos quedan más propensos a la ira de los subalternos, la que

puede desembocar en actos de rebeldía abierta. Asimismo, los subalternos pueden volverse menos propensos a aceptar los reclamos de legitimidad del poder existente y a sentirse más identificados con aquellos grupos que lo cuestionan o lo combaten.

Efectos de esta índole surgieron los desmanes de las tropas estadounidenses. Los bohíos incendiados, los animales confiscados, los bienes pillados y los conucos arrasados, constituyeron atentados en contra de la integridad física y la subsistencia de familias y villas enteras; los ancianos torturados por supuestamente colaborar con los gavilleros, los notables locales humillados por la soldadesca y las campesinas violadas representaron transgresiones a las concepciones campesinas sobre el "poder moral".⁷⁸ Humillado, vejado y herido su sentido ético, no pocos campesinos "pacíficos" debieron sentirse compelidos a sumarse a las guerrillas. No es difícil imaginarnos la escena del campesino agraviado, herido en lo más profundo de su dignidad, desenterrando su revólver, carabina o fusil del lugar donde lo había escondido con la intención de irse al monte y unirse a los alzados.⁷⁹ En tal clima de violencia y de confrontación, hasta el fusilamiento de los supuestos gavilleros, a pesar de ser un recurso común durante las guerras civiles del país, se convirtió en un elemento de rechazo a los ocupantes. Parafraseando a Cassá, "ante los blancos sobrevino una identidad de la diferencia", que se expresó en reconocerle a los

⁷⁸ Sobre los atropellos de los estadounidenses, véase Ducoudray, "Gavilleros", 1976, y Calder, *Impacto*, 1989, especialmente pp. 180-188.

⁷⁹ La escena es sugerida por Bosch en su cuento "Forzados", en *Camino*, 1983, pp. 47-52.

⁷⁷ Thompson, "Economía", 1979. También: Scott, *Moral*, 1976.

gavilleros una autoridad moral ya que se los percibía como “los depositarios del orden” que había sido violado y transgredido por la “soldadesca extranjera”. Aunque algunas bandas gavilleras continuaron cometiendo abusos contra la población civil, y a pesar de que varios de sus líderes fueron temidos como verdaderos Atilas, a otros, por el contrario, se les adscribió una estatura moral debido a sus posturas ante las tropas invasoras y por su relativa leñidad ante los “pacíficos”.⁸⁰

No de otra manera hubieran podido sobrevivir los gavilleros varios años de confrontaciones, durante los cuales los ocupantes intentaron diversas tácticas contra ellos. Primero se trató de conminarlos a la rendición. Y, en efecto, algunos de los principales cabecillas de los gavilleros depusieron las armas, confiados en que se garantizarían sus vidas, tal y como les habían prometido las autoridades militares. Vana confianza resultó para muchos de ellos. Luego de negociar su rendición, por la que aparentemente exigió —a la usanza de los caudillos tradicionales— nombramientos en la Guardia para él y sus seguidores más cercanos, al igual que garantías por sus vidas, el líder gavillero “Vicentico” fue vilmente fusilado. El tratamiento dado a “Vicentico” contrasta notoriamente con el que se ofreció a “Chachá” Goicochea, a quien se juzgó y condenó, aunque se le suspendió la sentencia, llegando incluso a colaborar en la persecución de su antiguo lugarteniente, “Vicentico”, a pesar de que siempre se mantuvo una actitud sospechosa hacia él.⁸¹ Destino más lamentable tuvo Fidel Ferrer, maestro de escuela que se convirtió

en líder gavillero y que fue de los primeros en rendirse a los estadounidenses, con quienes colaboró activamente en la acechanza de otras bandas gavilleras, pero que, a pesar de haber hecho causa común con los ocupantes, fue ejecutado al sospecharse que los había traicionado.⁸²

Rendidos sus cabecillas más connotados y de mayor prestigio entre la población campesina —como “Vicentico” y “Tolete”— y diezmadas sus bandas, desde mediados de 1917 todo parecía indicar que el gavillerismo estaba en vías de desaparecer. Pero las bandas resurgieron con vitalidad durante la segunda mitad del año 1918. Coincidiendo con el final de la zafra azucarera de ese año, arreció la actividad de las gavillas.⁸³ Bajo nuevos líderes —entre los que se destacaron Ramón Natera y Ramón Batía—, los gavilleros llegaron incluso a atacar algunos de los poblados más importantes de la región oriental, como Higüey, que fue asaltado a fines del verano. El exagerado optimismo de los informes militares no podía ocultar los graves problemas que confrontaban las tropas invasoras al tratar de poner coto a las guerrillas orientales. En agosto de 1918, las máximas autoridades del gobierno reconocían “que el bandidaje [...] en la provincia de El Seibo, ha tomado proporciones más graves que en cualquier otro momento desde que comenzó la ocupación militar”. Desesperadas e incapaces de comprender el vigor

⁸² Cassá, “Campaña-1”, 1995, p. 16. Ducoudray (“*Gavilleros*”, 1976) ofrece una visión sobre Ferrer menos severa que la que presenta Cassá.

⁸³ Lo que sigue está basado en Calder, quien ofrece la descripción más detallada y minuciosa de la guerra gavillera (*Impacto*, 1989, pp. 197-270, y “Caudillos”, 1978).

⁸⁰ Cassá, “Vicentico”, 1995, p. 10.

⁸¹ Calder, *Impacto*, 1989, pp. 207-212.

de las guerrillas, las autoridades militares lo achacaron ¡a la propaganda y al apoyo alemán!, el que habría “realizado todos los esfuerzos para reforzar y mantener viva esta animada insurrección”.⁸⁴

En su desesperación, el gobierno militar experimentó una serie de tácticas que, a la larga, contribuyeron a acrecentar su antipatía entre la población rural y, en consecuencia, a ampliar las simpatías hacia los gavilleros. Algunas de esas tácticas son dignas de una comedia. Por ejemplo, la práctica de fotografiar a los habitantes de la región con fines de identificación, y poder distinguir más fácilmente a los rebeldes de los “pacíficos”. Aquí sólo podemos imaginarnos el tumulto de muchachitos sucios y desarrapados, sorprendidos mientras los *marines* cumplían su misión a pesar de las reticencias y las renuencias de los viejos y de los hombres, suspicaces frente a las máquinas fotográficas, que la mayoría veía por primera vez, que fijaban su imagen permanentemente. Para muchos, esa foto, tomada con fines represivos, seguramente fue la única que se hicieron en toda su vida. Fotografía y terror: relación que fue inaugurada en la República Dominicana durante la intervención y que fue potenciada al máximo durante la tiranía trujillista.⁸⁵

Entre las medidas tomadas en esos meses, ninguna llegó a ser tan impopular como la “reconcentración” de los habitantes de los campos en los poblados. Las reconcentraciones se iniciaban con “reda-

das” y el traslado de los habitantes de los campos, cual “manadas”, a los poblados. Toda persona que no era reconcentrada era tomada como gavillero o como su cómplice. Aparte de segregar a la población entre “buenos” y “malos” —es decir, “pacíficos”, por un lado, y gavilleros y colaboradores suyos, por el otro—, las reconcentraciones pretendían “cortarles a las guerrillas sus fuentes de suministro e información”.⁸⁶ Sus efectos negativos no tardaron en sentirse. La falta de alimentos y de otros bienes azotó a la población reconcentrada. Algunos campamentos fueron afectados por enfermedades. Las dificultades en el acomodo de cientos y hasta miles de personas en entornos que carecían de la infraestructura necesaria causó incomodidades y perjuicios de toda índole. Por supuesto, los conucos, los animales de crianza y las viviendas de los campesinos reconcentrados quedaron totalmente desatendidos. Dominicanos de las elites llegaron a pensar que la reconcentración de la población, aparte de resultar perjudicial a sus propios intereses, había tenido efectos contraproducentes en lo que al control del gavillerismo se refería. Hubo quien opinó que las reconcentraciones contribuyeron a propagarlo.⁸⁷ Al menos alimentaron la ira, que era parte de su sustrato.

En 1919, la lucha entre gavilleros y estadounidenses alcanzó un “estancamiento”, a pesar de que el número de *marines* había aumentado a cerca de 1 500 y de que se incorporaron aviones a la persecución de los alzados. Según Calder, el Este se convirtió en una zona de guerra, y los

⁸⁴ Ambas citas provienen de Calder, *Impacto*, 1989, p. 219.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 220. Como señala Ducoudray, la identificación fotográfica fue instaurada nacionalmente por el dictador Rafael L. Trujillo por medio de la “cédula” (*Gavilleros*, 1976, pp. 29 y ss.).

⁸⁶ Calder, *Impacto*, 1989, p. 220.

⁸⁷ *Ibid.*, pp. 220-225, y Ducoudray, *Gavilleros*, 1976, pp. 25-28.

soldados de la ocupación comenzaron a sentir los estragos de la desmoralización.⁸⁸ Las enfermedades y las plagas tropicales desempeñaron un papel nada insignificante en producir tal estado de ánimo. Lo elusivo de las bandas de gavilleros, que evitaban los enfrentamientos abiertos y que atacaban a las tropas estadounidenses encubriéndose en la maleza, los bosques y en cuanto elemento del terreno les permitiera camuflarse, provocaron que la capacidad combativa de los *marines* perdiera su efectividad. La disposición de la población civil a proteger a los gavilleros con su silencio, cuando no con la desinformación deliberada a los ocupantes, llevaron la guerra a un callejón sin salida. Los invasores tuvieron que contentarse con el control de las principales zonas urbanas del Este y con brindar protección a los consorcios azucareros, y aun en este último papel su éxito fue limitado; en la ruralía campeaba el fuero gavillero. Las obras públicas impulsadas por el gobierno militar, que implicaron el trabajo forzado en las carreteras,⁸⁹ en la región oriental estaban virtualmente paralizadas debido a la guerra.

El año de 1921 se inició con una crisis económica nacional que afectó gravemente las finanzas del gobierno militar y que avivó al gavillerismo.⁹⁰ Ante la creciente audacia de los guerrilleros, los estadounidenses establecieron nuevas medidas represivas, como el “peinado” del territorio por patrullas de soldados y aumentar su “red de delatores”, lo que posibilitó identificar y juzgar sumariamente a un

número de campesinos que actuaban como gavilleros. No obstante, la crisis económica, que contribuyó a engrosar la cifra de trabajadores desempleados, propició que aumentara el número de bandas. Hacia fines de 1921, se calculaba en diez el número de bandas mayores; junto a ellas había un sinnúmero de pequeños grupos dedicados al robo, al pillaje y al bandidismo en general. El radio de acción de las gavillas también se extendió, sintiéndose sus efectos en poblados cercanos a la ciudad capital, como Guerra y Bayaguana. Se llegó a rumorar que había gavilleros en lugares tan remotos como Puerto Plata y la provincia Espaillat, aunque, por supuesto, éstas no tenían que provenir del Este, ya que, antes de la ocupación, la existencia de gavillas había sido un fenómeno nacional.

Al año siguiente se activaron dos estrategias, una de las cuales había sido adoptada anteriormente pero había sido descartada, y otra totalmente novedosa. La primera fue el uso de guerrillas compuestas por civiles “favorables al gobierno militar para buscar y destruir al enemigo que por tanto tiempo había eludido exitosamente a los infantes de marina”; la segunda fue el armisticio.⁹¹ Esta última alternativa ganó adhesión entre un grupo de militares que reconoció el carácter político del gavillerismo y que, en consecuencia, fue abandonando la postura oficial, sostenida hasta entonces, de que se trataba de meros bandidos. En la adopción de tal línea de acción resultó crucial la intervención de varios dominicanos, como el gobernador de la provincia de Santo Domingo, quien sugirió que se negociara una amnistía a la usanza del país

⁸⁸ Calder, *Impacto*, 1989, pp. 231-244.

⁸⁹ San Miguel, *Campesinos*, 1997, pp. 268-275.

⁹⁰ A menos que se indique lo contrario, lo siguiente se basa en Calder, *Impacto*, 1989, pp. 244-255.

⁹¹ *Ibid.*, pp. 257 y ss.

como cuando ocurrían levantamientos armados en contra del gobierno central.

El gobernador sabía lo que decía. Después de todo, el gavillerismo formaba parte de las prácticas políticas del país y contaba con sus rituales para hacer la oposición y la guerra y para concertar la paz. De forma experimental, se ofrecieron garantías de rendición a gavillas de menor importancia; los resultados de tales pruebas parece que incitaron a otras gavillas a acogerse a las ofertas del gobierno. Además, buena parte de los trabajadores azucareros, que año tras año pasaban a engrosar las filas gavilleras al finalizar la zafra y quedarse sin trabajo, encontraron una alternativa al desempleo con la creación de las guerrillas adeptas al gobierno. En el ámbito nacional, el movimiento en contra de la intervención, dirigido por las elites urbanas, había propiciado una coyuntura favorable para que las guerrillas depusieran las armas, máxime porque los nacionalistas habían alcanzado el reconocimiento internacional y, en la primavera de 1922, entablaron negociaciones con el gobierno de Washington para el retiro de los *marines* de la República Dominicana.⁹² En todo caso, las rendiciones aumentaron en la primavera de ese año, cuando se acogieron a la amnistía los principales líderes gavilleros. Sin embargo, dado el carácter irregular de los combatientes, la mayoría simplemente regresó a sus hogares y se reincorporó a sus comunidades sin que mediase intervención oficial alguna. Para la tropa gavillera, el fin de la guerrilla fue un asunto fundamentalmente privado. Depuestas las armas, los gavilleros que se acogieron a la amnistía fueron juzgados y sentenciados a penas de quince a 20

años de cárcel y a trabajo forzado, aunque usualmente las penas fueron conmutadas o suspendidas. Para todos los efectos, en 1922 llegó a su fin la guerra gavillera del Este.

Desde sus inicios hasta su momento final, ocurrieron cerca de 370 encuentros entre los gavilleros y las fuerzas estadounidenses;⁹³ si a estos incidentes sumamos los cientos de asaltos y de robos a particulares y a “pacíficos” de todo tipo, y los actos de sabotaje contra las empresas azucareras, sus empleados y sus representantes, hay que concluir que la guerra gavillera dejó un saldo considerable de daños y de violencia. Esto sin mencionar las consecuencias de la guerra sobre la economía regional, que se vio afectada de varias maneras. Para los grandes latifundios cañeros, los ataques y los sabotajes de las gavillas constituyeron una amenaza constante que impedía la marcha normal de sus actividades. Para los campesinos, las movilizaciones de tropas y las destrucciones causadas por los *marines* y los gavilleros implicaron un costo social muy alto. Afectadas sus escasas propiedades y alteradas sus vidas por las reconcentraciones, las batallas, la represión y la coacción, la vida de muchos “pacíficos” fue aquejada de manera permanente. La migración, especialmente a las relativamente tranquilas tierras cibaefías, fue una de las pocas opciones para escapar al flagelo de la guerra.

Mas, evaluada la guerra gavillera sólo en estos términos, se pierden de vista sus implicaciones en el largo plazo. Los acontecimientos, los eventos, son mucho más que esa fugaz e intrascendente “espuma de la historia”, como pretendía Fernand

⁹² *Ibid.*, pp. 271-352.

⁹³ *Ibid.*, p. 269.

Vue de Veracruz.

Braudel. Por ello, al ponderar el gavillerismo como fenómeno histórico, se pueden percibir otros significados más allá de lo inmediato, de lo estrictamente episódico. Uno de sus signos posibles se refiere a su trasfondo social.

Entre las condiciones de rendición de los gavilleros se encontraba la petición de que el gobierno gestionara con las corporaciones cañeras trabajo y conucos para "aquellos trabajadores que no los tenían".⁹⁴ Aunque finalmente se incumplieron, tales peticiones apuntan hacia el contenido social del gavillerismo. Resulta difícil clasificar de manera categórica a un movimiento como el gavillerismo. Lejos estuvo, evidentemente, de constituir un movimiento campesino en el sentido moderno del término, es decir, respondiendo a unos determinados intereses de "clase", con demandas precisas basadas en sus orígenes sociales, y con una organización, un liderato y una ideología netamente campesinistas.⁹⁵ El gavillerismo fue algo de esto, mas no fue sólo eso. Fue, también, un potente movimiento de reivindicación regional, de lucha en contra de las tendencias absorbentes del Estado, signado a la vez por un nacionalismo de origen popular articulado por sus caudillos. Si forzamos un poco los términos, podemos catalogarlo de populismo rural difuso. Tuvo elementos de la tropa movilizadora por el caudillismo tradicional; de *jacquerie*, de la sublevación campesina más o menos espontánea que expresaba la ira contenida de las masas rurales, provocada

por una situación del todo intolerable;⁹⁶ de gavilla de bandoleros que incluía desde criminales habituales que no discriminaban entre poderosos y débiles ni entre pobres y ricos, hasta desclasados y marginados de reciente hechura debido al avance del latifundismo cañero, y de guerrilla rural de motivación política que atraía incluso a personas de origen urbano.

¿Definición fácil por lo amplia y abarcadora? Es probable. Sin embargo, es la única que, en este momento, posibilita dar cuenta de la complejidad del gavillerismo sin reducirlo a una esencia que seguramente no tuvo y que no pretendió ni podía tener. El gavillerismo llegó a ser lo que fue —sobre todo en su segunda fase, a partir del 1916— debido a la incorporación del campesinado a sus filas y, en un plano más general, al apoyo que recibió de las masas rurales del Este. Si no un movimiento campesino en el sentido moderno, sí fue un movimiento rural, tanto por el origen de sus combatientes como por la tradición política a la que respondía; es decir, fue un movimiento profundamente enraizado en la sociedad agraria del Este dominicano. También lo fue por los móviles de sus miembros, por sus querellas y sus utopías, perdidas para nosotros por la impenetrabilidad de sus sueños y la fugacidad de sus palabras. La tiranía de los documentos, "mudos testigos" acerca de

⁹⁴ *Ibid.*, p. 268.

⁹⁵ Para definiciones de los movimientos campesinos: Landsberger, *Latín*, 1969, y *Rebelión*, 1978; Huizer, *Potencial*, 1980, y González Casanova, *Historia*, 1984.

⁹⁶ En Europa, la *jacquerie* clásica fue la "guerra campesina" del siglo XVI, popularizada por Engels en su obra *Peasant*, 1976. Sobre estos levantamientos y sobre el texto de Engels, que desempeñó un papel decisivo en delimitar las nociones marxistas sobre el campesinado, véase Scribner y Bencke, *German*, 1979. En relación con las *jacqueries*, resultan útiles: Fourquin, *Levantamientos*, 1976, Mousnier, *Fueros*, 1976; y Hobsbawm y Rudé, *Captain*, 1975.

los pensamientos de las tropas gavilleras, apenas nos permite entrever que en el Este los campesinos también soñaban. Sólo a través de sus actos —la quema del cañaveral, el sabotaje a la maquinaria, el robo de la bodega del central, las agresiones contra los representantes del latifundio, el acoso a los guardias, las expresiones de irrespeto a la autoridad— podemos atisbar esa ira que contribuiría a mantener viva su memoria.

Con el fin de la guerra gavillera terminó el prolongado ciclo de violencia asociada con las “revoluciones”, los levantamientos armados y las sublevaciones que caracterizaron la historia dominicana desde la misma fundación de la república en 1844. Éste es otro de sus significados profundos. El otro lado de la moneda fue que, con la ocupación estadounidense, se comenzó a concretizar la domesticación del campesinado. Antes, eso era sólo un proyecto. El parcial desarme de la población, el debilitamiento de la tradición caudillista, la creación de nuevos aparatos represivos, la fractura decisiva del regionalismo a través de la expansión de las comunicaciones internas, y el fortalecimiento del Estado en general, fueron factores que posibilitaron domeñar a las ariscas masas rurales. La expansión de la agricultura comercial, tanto en su vertiente latifundista como en su expresión campesina, apuntaron en la misma dirección. A la larga, la expansión del mercado interno brindó nuevas oportunidades al campesinado, que amplió sus cultivos y ocupó tierras vírgenes.⁹⁷ Incluso, zonas previamente inaccesibles, como muchas áreas montañosas, comenzaron a ser asen-

tadas por los campesinos. Aunque con variaciones regionales importantes, visto globalmente, llegaba a su fin el prolongado proceso formativo del campesinado conuquero. Atrás fueron quedando sus antecesores históricos, como el montero que se dedicaba a la cacería de animales cimarrones, el campesino sin tierras que se asentaba temporalmente en un pedazo de monte, y el criador de chivos y de vacas en tierras ajenas. No desaparecieron del todo; pero se cerraba el “largo siglo” de ese “campesino arcaico” al que se refiere Raymundo González.⁹⁸ A partir de entonces, nuevas relaciones de poder habrían de definir los vínculos de los campesinos con los sectores dominantes y con el Estado. La guerra gavillera fue un acto crucial en ese drama histórico. Fue un acto particularmente ruidoso y convulsionado. Al subir nuevamente el telón, emergió un escenario radicalmente modificado, en el cual los campesinos tuvieron que desplegar otras estrategias de lucha en su tenaz “guerra silenciosa”.⁹⁹

BIBLIOGRAFÍA

-Albuquerque, Alcibíades, *Títulos de los terrenos comuneros en la República Dominicana*, Impresora Dominicana, Ciudad Trujillo, 1961.

-Altagracia Espada, Carlos, “La nación desde los bordes: Imaginación geográfica y paisaje fronterizo en la República Dominicana durante la Era de Trujillo”, tesis doctoral, Departamento

⁹⁸ González, “Campesinos”, 1992, pp. 11-26, e “Ideología”, 1993, pp. 25-44.

⁹⁹ San Miguel, “Ciudadanía”, 1999; *Pasado*, 1999, pp. 127-202; “Luchas”, 1997, y “Guerra”, ms. inédito.

⁹⁷ San Miguel, *Campesinos*, 1997, especialmente pp. 34-43, 49-71 y 88-94.

de Historia-Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 2001.

-Amin, Shahid, "Gandhi as Mahatma: Gorakhpur District, Eastern UP, 1921-2" en Ranajit Guha y Gayatri Chakravorty Spivak (coords.), *Selected Subaltern Studies*, Oxford University Press, Nueva York, 1988, pp. 288-346.

-Báez Evertsz, Franc, *Azúcar y dependencia en la República Dominicana*, Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, 1978.

-Baud, Michiel, "The Struggle for Autonomy: Peasant Resistance to Capitalism in the Dominican Republic, 1870-1924" en Malcolm Cross y Gad Heuman (coords.), *Labour in the Caribbean: From Emancipation to Independence*, Warwick University Caribbean Studies, Londres, 1988, pp. 120-140.

-Billini, Francisco Gregorio, *Bañí, o Engracia y Antoñita* [1892], Ediciones Unidas, Santo Domingo, 1973.

-Bloch, Marc, *Los reyes taumaturgos*, trad. de Marcos Lara, Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

-Blok, Anton, *The Mafia of a Sicilian Village, 1860-1960: A Study of Violent Peasant Entrepreneurs*, Harper & Row, Nueva York, 1975.

-Boin, Jacqueline y José Serulle Ramia, *El proceso de desarrollo del capitalismo en la República Dominicana (1844-1930)*, vol. II: *El desarrollo del capitalismo en la agricultura (1875-1930)*, Gramil, Santo Domingo, 1981.

-Bosch, Juan, *Camino real* [1933], Alfa & Omega, 3a. ed. facsimilar, Santo Domingo, 1983.

———, *Más cuentos escritos en el exilio*, Alfa y Omega, 11a. ed., Santo Domingo, 1987.

-Brading, D. A. (comp.), *Caudillos y campesinos en la revolución mexicana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1985.

-Brea, Ramonina, *Ensayo sobre la formación del Estado capitalista en la República Dominicana y Haití*, Taller, Santo Domingo, 1983.

-Bryan, Patrick E., "The Question of Labor in the Sugar Industry of the Dominican Repu-

blic in the Late Nineteenth and Early Twentieth Centuries" en Manuel Moreno Friginals, Frank Moya Pons y Stanley L. Engerman (coords.), *Between Slavery and Free Labor: The Spanish-Speaking Caribbean in the Nineteenth Century*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1985, pp. 235-251.

-Burks, Arthur J., *El país de las familias multicolores* [1932], trad. de Gustavo Amigó, SJ, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Santo Domingo, 1990.

-Calder, Bruce J., "Caudillos and Gavilleros versus the U.S. Marines: Guerrilla Insurgency during the Dominican Intervention, 1916-1924", *Hispanic American Historical Review*, vol. 58, núm. 4, 1978, pp. 649-675.

———, *El impacto de la intervención: la República Dominicana durante la ocupación norteamericana de 1916-1924*, Fundación Cultural Dominicana, Santo Domingo, 1989.

-Campbell, Mavis C., *The Maroons of Jamaica, 1655-1796: A History of Resistance, Collaboration and Betrayal*, Africa World Press, Trenton, NJ, 1990.

-Carreño, Nelson, *Historia económica dominicana: agricultura y crecimiento económico (siglos XIX y XX)*, Universidad Tecnológica de Santiago, s. l., 1989.

-Cassá, Roberto, "Antecedentes inmediatos del gavillerismo en el Este", *Isla Abierta* suplemento de *Hoy*, 4 de noviembre de 1994, pp. 9-11.

———, "La campaña de Vicentico-1", *Isla Abierta*, 2 de septiembre de 1995, pp. 14-16.

———, "La campaña de Vicentico-2", *Isla Abierta*, 7 de octubre de 1995, pp. 17-20.

———, "Emergencia del gavillerismo frente a la ocupación militar", *Isla Abierta*, 3 de marzo de 1995, pp. 6-9.

———, "Gavillerismo, delito común y sector azucarero en el Este", *Isla Abierta*, 2 de diciembre de 1994, pp. 9-11.

———, "Orígenes remotos del gavillerismo", *Isla Abierta*, 7 de octubre de 1994, pp. 12-14.

———, "Vicentino", *Isla Abierta*, 5 de mayo de 1995, pp. 8-11.

-Castillo, José del, "La formación de la industria azucarera moderna en la República Dominicana" en *Tabaco, azúcar y minería*, Banco de Desarrollo Interamérica, S. A./Museo Nacional de Historia y Geografía, Santo Domingo, 1984, pp. 23-56.

———, "La inmigración de braceros en la República Dominicana, 1900-1930", *Cuadernos del CENDIA*, núm. 7, 1978.

——— y Walter Cordero, *La economía dominicana durante el primer cuarto del siglo XX*, Fundación García-Arévalo, 2a. ed., Santo Domingo, 1980.

-Castor, Suzy, *La ocupación norteamericana de Haití y sus consecuencias (1915-1934)*, Siglo XXI, México, 1971.

-Céspedes, Diógenes, "El efecto Rodó. Nacionalismo idealista vs. nacionalismo práctico: Los intelectuales antes de y bajo Trujillo", *Cuadernos de Pédica*, vol. vi, núm. 17, 1989, pp. 7-56.

-Chatterjee, Partha, *The Nation and its Fragments: Colonial and Postcolonial Histories*, Princeton University Press, Princeton, 1993.

-Cohn, Norman, *The Pursuit of the Millennium: Revolutionary Millenarism and Mystical Anarchists of the Middle Ages*, Oxford University Press, ed. rev. y exp., Nueva York, 1970.

-Cordero Michel, Emilio [entrevista], "No vinieron a civilizarnos: vinieron a saquearnos", *Abora*, vol. XIII, núm. 557, 1974, pp. 30-32.

-Deive, Carlos Esteban, *Los guerrilleros negros: esclavos fugitivos y cimarrones en Santo Domingo*, Fundación Cultural Dominicana, Santo Domingo, 1989.

———, "El mesianismo olivorista" en *El indio, el negro y la vida tradicional dominicana*, Museo del Hombre Dominicano, Santo Domingo, 1978, pp. 177-205.

-Derby, Lauren, "Haitians, Magic, and Money: Raza and Society in the Haitian-Dominican Borderlands, 1900 to 1937", *Comparative Studies in Society and History*, vol. 36, núm. 3, 1994, pp. 488-526.

-Diacon, Todd A., *Millenarian Vision, Capitalist Reality: Brazil's Contestado Rebellion, 1912-1916*, Duke University Press, Durham, 1991.

-Domínguez, Jaime de Jesús, *La dictadura de Heureaux*, Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, 1986.

———, *La sociedad dominicana a principios del siglo XX*, Colección del Sesquicentenario de la Independencia Nacional, Santo Domingo, 1994.

-Ducoudray, Félix Servio, *Los "gavilleros" del este: una epopeya calumniada*, Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, 1976.

-Engels, Frederick, *The Peasant War in Germany* [1850], International Publishers, Nueva York, 1976.

-Fernández Rodríguez, Aura C., "Origen y evolución de la propiedad y de los terrenos comuneros en la República Dominicana", *Eme-Eme: Estudios Dominicanos*, vol. IX, núm. 51, 1980, pp. 5-45.

-Fourquin, Guy, *Los levantamientos populares en la Edad Media*, EDAF Universitaria, Madrid, 1976.

-Franco, Franklin J., *Historia de las ideas políticas en la República Dominicana*, Editora Nacional, Santo Domingo, s. a.

-Franks, Julie, "The Gavilleros of the East: Social Banditry as Political Practice in the Dominican Sugar Region, 1900-1924", *Journal of Historical Sociology*, vol. 8, núm. 2, 1995, pp. 158-181.

-García Cuevas, Eugenio de J., *Juan Bosch: novela, historia y sociedad*, Editorial Isla Negra/Ediciones Hojarasca, San Juan y La Vega, 1995.

-García Muñiz, Humberto, "Sugar Land and Gavillero Warfare in Eastern Dominican Republic: The Case of Central Romana, 1910-1924", *Historia y Sociedad*, año XII, 2000-2001, pp. 3-47.

-Garrido Puello, E. O., *Olivorio: ensayo histórico*, Ediciones Librería Dominicana, Santo Domingo, 1963.

-González, Raymundo, "Campesinos y sociedad colonial en el siglo XVIII dominicano", *Estudios Sociales*, vol. XXV, núm. 87, 1992, pp. 15-28.

———, "Ideología del progreso y campesinado en el siglo XIX", *Ecos: Órgano del Instituto de Historia de la Universidad Autónoma de Santo Domingo*, vol. I, núm. 2, 1993, pp. 25-43.

-González Canalda, María F., "Desiderio Arias y el caudillismo", *Estudios Sociales*, vol. XVIII, núm. 61, 1985, pp. 29-50.

———, *Línea Noroeste: Testimonio del patriotismo olvidado*, Universidad Central del Este, San Pedro de Macorís, 1985.

-González Casanova, Pablo (coord.), *Historia política de los campesinos latinoamericanos*, Siglo XXI, México, 1984, 4 vols.

-Guha, Ranajit, "On Some Aspects of the Historiography of Colonial India" en Ranajit Guha y Gayatri Chakravorty Spivak (coords.), *Selected Subaltern Studies*, Oxford University Press, Nueva York, 1988, pp. 37-44.

-Hazard, Samuel, *Santo Domingo, Past & Present; with a Glance at Hayti* [1873], Editora de Santo Domingo, 3a. ed., Santo Domingo, 1982.

-Herrera, César A., *Las finanzas de la República Dominicana*, Ediciones Tolle, Lege, 3a. ed., Santo Domingo, 1987.

-Hobsbawm, Eric J., *Primitive Rebels: Studies in Archaic Forms of Social Movement in the 19th and 20th Centuries*, W. W. Norton & Company, Nueva York, 1965.

——— y George Rudé, *Captain Swing: A Social History of the Great English Agricultural Uprising of 1830*, W. W. Norton & Company, Nueva York, 1975.

-Hoetink, H., *El pueblo dominicano (1850-1900): apuntes para su sociología histórica*, Universidad Católica Madre y Maestra, 3a. ed., Santiago, 1985.

-Huizer, Gerrit, *El potencial revolucionario del campesino en América Latina*, Siglo XXI, 5a. ed., México, 1980.

-Jimenes Grullón, Juan Isidro, *La República Dominicana: una ficción*, Talleres Gráficos Universitarios, Mérida, 1965.

———, *Sociología política dominicana, 1844-1966*, Alfa y Omega, 3a. ed., Santo Domingo, 1981, vol. II.

-Jiménez, R. Emilio, *Al amor del bobío: tradiciones y costumbres dominicanas* [1927], s. e., Santo Domingo, 1975.

-Knight, Melvin M., *Los americanos en Santo Domingo: estudios de imperialismo americano*, Universidad de Santo Domingo, Ciudad Trujillo, 1939.

-Landsberger, Henry A. (comp.), *Latin American Peasant Movements*, Cornell University Press, Ithaca, NY, 1969.

——— (coord.), *Rebelión campesina y cambio social*, Crítica, Barcelona, 1978.

-Lozano, Wilfredo, *La dominación imperialista en la República Dominicana, 1900-1930*, Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, 1976.

-Lundahl, Mats, "Some Mechanisms of Protest in Haiti: From the Colonial Period to the End of the American Occupation" en *Politics or Markets? Essays on Haitian Underdevelopment*, Routledge, Londres y Nueva York, 1992, pp. 325-344.

——— y Jan Lundius, "Socioeconomic Foundations of a Messianic Cult: Olivismo in the Dominican Republic" en Mats Lundahl y Thommy Svensson (coords.), *Agrarian Society in History: Essays in Honour of Magnus Mörner*, Routledge, Londres, 1990, pp. 201-238.

-Lundius, Jan, "The Great Power of God: Syncretism and Messianism in the Dominican

Republic", tesis doctoral, Lunds Universiteit, 1995.

— y Mats Lundahl, "Olivorio Mateo: vida y muerte de un dios campesino", *Estudios Sociales*, vol. xxii, núm. 76, 1989, pp. 3-86.

-Mallon, Florencia E., *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru*, University of California Press, Berkeley, 1995.

-Maríñez, Pablo A., *Resistencia campesina, imperialismo y reforma agraria en República Dominicana (1899-1978)*, Centro de Comunicación y Acción Ecueménica, Santo Domingo, 1984.

-Marte, Roberto, *Cuba y la República Dominicana: transición económica en el Caribe del siglo XIX*, Universidad APEC, Santo Domingo, s. a.

-Martínez, Lusitania, *Palma Sola: opresión y esperanza (su geografía mítica y social)*, Centro Dominicano de Estudios de la Educación, Santo Domingo, 1991.

-Mateo, Andrés L., *Al filo de la dominicanidad*, Librería La Trinitaria, Santo Domingo, 1996.

—, *Mito y cultura en la Era de Trujillo*, Librería La Trinitaria/Instituto del Libro, Santo Domingo, 1993.

-Mejía, Luis F., *De Lilís a Trujillo: historia contemporánea de la República Dominicana [1944]*, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 3a. ed., Santo Domingo, 1993.

-Mejía Ricart, Tirso (coord.), *La sociedad dominicana durante la Segunda República, 1865-1924*, Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, 1982.

-Mousnier, Rouland, *Furores campesinos: los campesinos en las revueltas del siglo XVII (Francia, Rusia, China)*, Siglo XXI, Madrid, 1976.

-Negrón Portillo, Mariano, *Cuadrillas anexionistas y revueltas campesinas en Puerto Rico, 1898-1899*, Centro de Investigaciones Sociales-Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 1987.

-Nicholls, David, *From Dessalines to Duvalier: Race, Colour and National Independence in Haiti*, Cambridge University Press, Cambridge, 1979.

-Pandey, Gyanendra, "Peasant Revolt and Indian Nationalism" en Ranajit Guha y Gayatri Chakravorty Spivak (coords.), *Selected Subaltern Studies*, Oxford University Press, Nueva York, 1988, pp. 233-287.

-Pérez, Louis A., Jr., *Lords of the Mountain: Social Banditry and Peasant Protest in Cuba, 1878-1918*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1989.

-Picó, Fernando, *Los gallos peleados*, Huracán, Río Piedras, 1983.

—, 1898: *La guerra después de la guerra*, Huracán, Río Piedras, 1987.

-Price, Richard (comp.), *Maroon Societies: Rebel Slave Communities in the Americas*, Anchor Press/Doubleday, Garden City, Nueva York, 1973.

-Rama, Ángel, *La ciudad letrada*, Ediciones del Norte, Hanover, NH, 1984.

-Ramos, Julio, *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989.

-Reed, Nelson, *The Caste War of Yucatan*, Stanford University Press, Stanford, 1979.

-Rodríguez Bonilla, Manuel, *La batalla de La Barranquita*, Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, 1987.

-Rosa, Antonio de la, *Las finanzas de Santo Domingo y el control americano*, Editora Nacional, Santo Domingo, 1969.

-Sang, Mu-Kien A., *Ulises Heureaux: biografía de un dictador*, Instituto Tecnológico de Santo Domingo, Santo Domingo, 1987.

-San Miguel, Pedro L., *Los campesinos del Cibao: economía de mercado y transformación agraria en la República Dominicana, 1880-1960*, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, San Juan, 1997.

—, "La ciudadanía de Calibán: poder y discursiva campesinista en la Era de Trujillo", *Revista Mexicana del Caribe*, vol. IV, núm. 8, 1999, pp. 6-30.

———, "El Estado y el campesinado en la República Dominicana: el Valle del Cibao, 1900-1960", *Historia y Sociedad*, vol. iv, 1991, pp. 42-74.

———, "Exacción estatal y resistencias campesinas en el Cibao durante la ocupación norteamericana de 1916-24", *Ecos: Órgano del Instituto de Historia de la Universidad Autónoma de Santo Domingo*, vol. i, núm. 2, 1993, pp. 77-100.

———, "La guerra silenciosa: Las luchas sociales en la ruralía dominicana", manuscrito inédito.

———, *La isla imaginada: Historia, identidad y utopía en La Española*, Editorial Isla Negra/Librería La Trinitaria, San Juan y Santo Domingo, 1997.

———, "Las luchas campesinas en la República Dominicana durante el siglo xx", *Estudios Latinoamericanos*, año iv, núm. 8, 1997, pp. 109-136.

———, *El pasado relegado: estudios sobre la historia agraria dominicana*, Librería La Trinitaria/FLACSO/Decanato de Estudios Graduados e Investigación-UPR, Santo Domingo, 1999.

———, "Peasant Resistance to State Demands in the Cibao during the U.S. Occupation", trad. de Phillip Berryman, *Latin American Perspectives*, vol. 22, núm. 3, 1995, pp. 41-62.

-Santiago-Valles, Kelvin A., "*Subject People*" and *Colonial Discourses: Economic Transformation and Social Disorder in Puerto Rico, 1898-1947*, State University of New York Press, Nueva York, 1994.

-Scott, James C., *Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts*, Yale University Press, New Haven, 1990.

———, *The Moral Economy of the Peasant: Rebellion and Subsistence in Southeast Asia*, Yale University Press, New Haven, 1976.

-Scribner, Bob y Gerhard Benecke (comps.), *The German Peasant War of 1525: New Viewpoints*, George Allen & Unwin, Londres, 1979.

-Spurr, David, *The Rhetoric of Empire: Colonial Discourse in Journalism, Travel Writing, and Imperial Administration*, Duke University Press, Durham, 1993.

-Tanaka, Michiko, *Movimientos campesinos en la formación de Japón moderno*, El Colegio de México, México, 1976.

-Thompson, E. P., "La economía 'moral' de la multitud en la Inglaterra del siglo xviii" en *Tradicón, revuelta y conciencia de clase: estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Crítica, Barcelona, 1979, pp. 62-134.

-Trotsky, León, *Historia de la revolución rusa*, Editorial Galerna, Buenos Aires, 1972, 2 vols.

-Urbano Gilbert, Gregorio, *Mi lucha contra el invasor yanqui de 1916*, Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, 1975.

-Vanderwood, Paul J., *Disorder and Progress: Bandits, Police, and Mexican Development*, Scholarly Resources, ed. rev., Wilmington, DE, 1992.

-Welles, Sumner, *La viña de Naboth: la República Dominicana, 1844-1924*, trad. de Manfredo A. Moore, Taller, 4a. ed., Santo Domingo, 1981, 2 vols.